

Karina Rodríguez Contreras

Prólogo

Al empezar a tener noción de nuestra vida, el transcurrir de nuestros días toma fuerza conforme va pasando el tiempo. Al principio, es como el andar de una babosa, a la mitad somos como hermosas plantas en plena primavera, y al madurar sólo dejamos que la vida siga su curso, como mariposas en el aire que intentan mantener el vuelo y tratan de volar lo más alto para no dejar que nos corten injustamente las alas.

Agradecimientos

Escribir mi historia es algo parecido a gestar un hijo. Es una nueva experiencia en la que reuní a todas las personas que forman parte de mi vida.

Mil gracias a mi querida familia por ser el pilar de mi vida. A Gastón, mi esposo, el amor de mi vida, y a mi chiquito Paquito, que es quien ilumina y da luz a mi alma. A mis padres, Ernestina y Porfirio, por todo lo que son. A mis hermanos, quienes son también un conjunto de emociones que representan lo importante de mi vida: Perla Elizabeth Rodríguez López, Billy Balam Rodríguez Contreras e Iram Perry Contreras. Agradezco a mis dos grandes amigos: Isaac Santos Bautista y Jeny Ofelia Guillén Cordero.

Y a todas aquellas personas que me consideran su amiga al seguir confiando en mí y dejarme ser parte de sus vidas.

Gracias por existir a mis padres espirituales: Consuelo Morales Galván y Roger López Herrera. Y a aquellas personas que están en algún lugar del cielo que partieron a una mejor vida: Misael Dionisio Domínguez y María Isabel Hernández Hernández.

Mi sentir comienza a los seis años

Todo empieza alrededor de mis seis años, más o menos, cuando comencé a entender cómo era la vida. Nuestra familia está integrada por mi padre, más conocido con el sobrenombre de *Pillo*, derivado de su nombre, Porfirio, de ocupación taxista; mi madre Ernestina, más conocida como *Neta*, ama de casa, muy guapa y elegante, con mucho porte y personalidad; después, mi media hermana Perla, sólo hija de mi papá, pero adoptada y muy querida por mi mamá, que se hizo cargo de ella desde los seis meses —en fin, ésa es otra historia—, y por último, yo, Karina, a quien la mayoría llamaba *Gordita*.

Aún recuerdo que mi familia era muy unida, como cualquier otra, mas todos los problemas empezaron cuando mis padres tuvieron un pleito por celos y mi padre, sin confirmar las cosas, golpeó muy duramente a mi madre y le dejó casi destrozado un ojo. A raíz de eso se separaron. Mi padre corrió de la casa a mi mamá y, por decisión de mi papá, nos quedamos con él. Para asegurarnos, nos llevó a casa de mi tío, quien era un licenciado muy conocido y con muchas influencias, pues temía que mi madre nos llevara por la fuerza. Ella, al separarse, se fue a rentar a una cuartería, propiedad de su hermana.

Mi madre siempre fue una mujer muy fuerte, muy luchona, que no se daba por vencida, y con un carácter muy estricto. Empezó a trabajar con un tío lejano de nombre Cirilo, dueño de doce

carros de pasajeros de la Sociedad Cooperativa de Acayucan. Hacía trabajo de oficina, recogía lo de las cuentas, reportaba cuando un autobús fallaba, les proporcionaba a los choferes los talonarios de los boletos, en fin, se abrió paso por sí misma. Aun así, buscaba la manera de hablar con mi papá y llegar a un acuerdo para que le permitiera vernos. Él no cedía, y no tardó en llevar a una señora a la casa, que había sido de mi madre. Al enterarse mi mamá, decidió visitar a la que sería la madrastra de sus dos hijas. Yo era la más chiquita y papá me había llenado la cabeza de miles de cosas y de groserías que debía hacerle a mi madre cuando la tuviera enfrente. Cuando llegó, estábamos la nueva señora de mi papá y yo. Se llamaba María y, al ver a mi mamá, estaba asustadísima. Con temor, me abrazó, pues cada vez que mi papá salía al trabajo, la recomendación era que me cuidara y que por ningún motivo dejara que mi madre se me acercara. En ese momento, sin embargo, me encontraba supercerca.

La señora María me preparaba unos *hot cakes* y mi madre le dijo:

—Qué bien, ¿por cuánto tiempo te dijo Pillo que te iba a tener aquí?

—Mire, no quiero problemas —contestó haciendo ademanes.

Mi madre se percató de que María traía un anillo, dizque de compromiso, pues la condición de sus papás era que mi papá se casara con su hija. A él se le hizo fácil darle un anillo que era de mi madre. Ella, al verlo, se rio a carcajadas y le dijo:

—Mira, todo cuanto ves aquí es mío, incluso los sartenes que estás usando —y le volteó su batido de *hot cakes*.

Me habló mi mamá, pero yo espantada sólo movía la cabeza y decía que no. De pronto, llegó mi papá y le dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?, por favor, acompáñame afuera.

—Sí, ahorita hablamos —y de nuevo se dirigió a María—: te doy tres días para que te vayas de mi casa, de la vida de mis hijas y del lado de Pillo, con todas tus cosas —y salió de la casa; no se esperó a hablar con mi papá, se fue.

Ella se empezaba a refugiar en el alcohol. Después de eso, mi papá la buscó. No sé qué le dijo, pero él se llevó a María con todas sus cosas, hasta la perra que tenía de mascota. Nos llevó de vuelta a la casa y esa tarde me puse muy mala del oído, lo traía muy inflamado, no aguantaba el dolor. Mi papá se desesperó y me llevó con mi mamá, que se encontraba en casa de mi abuela, donde estaban velando a mi bisabuela. Mi papá le dijo:

—Capú —así le decía de cariño—, la gorda anda muy mal del oído.

—Yo no soy su mamá, a ver quién la atiende por grosera —contestó mi madre muy molesta.

—Tráela, Pillo, para curarle su oído, pobrecita, mi hija, ella no tiene la culpa, es muy chiquita —dijo mi abuela.

Bien recuerdo que asó unas hojas de orégano y luego me las exprimí en la oreja. Me dormí. Mi papá y mi mamá andaban ocupados con el velorio de mi bisabuela y cuando desperté, me di cuenta de que mi papá estaba dormido a un lado mío. Desde ahí me quedé con mi mamá. Ella ya había empezado a construir un cuarto en un terreno que tenía donde vivía mi abuela. Mi madre ya no quería regresar a donde había sido suplantada por otra, ustedes saben, el orgullo femenino. En fin, mi papá optó por ceder a las peticiones de mi mamá y llegamos a vivir a nuestro nuevo cuarto; empezaron a echarle ganas, mi papá en el taxi, y mi mamá en su trabajo. El proyecto para la construcción de la casa era grande, con dos cuartos, una cocina grande, la sala comedor, un corredor grande, el baño de buen tamaño; en lo que me imaginaba y escuchaba, se me hacía una casa muy bonita. Ya teníamos la casa donde vivía mi abuela, pero ni modo de pedírsela. Era muy bonito ver cómo construían, entre papá y mamá, un nuevo hogar.

Casi al borde de la muerte

Así pasaron los días, las semanas y, al cabo de unos cuantos meses, le avisan a mi madre que mi papá había sufrido un accidente, que

lo habían querido asaltar, pero como se resistió, lo habían apuñalado en el cuello, a casi tres centímetros de la vena aorta, según platicaban. Cuando se lo dijeron, ella estaba tomando, pues había días en que le daba por tomar, y al recibir la noticia en este estado dijo: “Más tarde voy a verlo, por algo le ha de haber pasado esto, por mujeriego, pues no es una blanca paloma...”, y un sinnúmero de expresiones más.

Papá estaba muy mal en el hospital de una de las empresas que eran las principales fuentes de trabajo de Jaltipan de Morelos, Veracruz, muy malherido y muy mal atendido. Horas después llegó mi madre y pidió que mi padre fuera trasladado a una clínica particular. Le dieron unas hojas a firmar donde ella se hacía responsable, y firmó de inmediato. Lo trasladaron a la famosísima clínica del doctor Ismael Mayo, un médico cirujano muy reconocido. Le comunicaron a mi madre que operarían, ya que era delicada la herida, pues había sido provocada por una navaja de 007. Gracias a nuestro Dios todo salió bien. A mí, por ser muy chiquita, no me permitían ver a mi papá; yo tenía mucho miedo, en medio de mi inocencia le pedía a Dios por su salud. Él para mí era lo máximo, mi héroe; yo era la más apegada a él, siempre lo he querido demasiado y con todo mi corazón. Cuando lo vi con suero y cubierto del cuello con gasas, me imaginaba miles de cosas. Sentía que pronto estaría bien y me sentí orgullosa cuando empezó a relatarle a un tío cómo habían pasado las cosas: “Me hicieron parada dos tipos en la terminal de autobuses. Me detuve y pidieron el viaje rumbo a Materias Primas...” De pronto le dijeron que era un asalto, lo tomaron por el cuello y mi papá luchó dentro del taxi. Recordó que cargaba, del lado izquierdo de su asiento, un hacha. Uno de los individuos le enterró la navaja, y mi papá, herido, empezó a dar golpes con el cabo del hacha. Logró pegarles; a uno, le rompió la cabeza y la nariz, a otro, lo desmayó del golpe. Para su suerte, pasaba por el lugar un famoso reportero conocido como Margarito, quien al ver que mi papá salía del taxi

llo de sangre, lo auxilió y llamó a la policía. Él mismo atrapó a sus agresores, y yo sentía muy bonito de saber que mi papá podía contarnos esa historia donde él era el héroe.

La operación fue muy costosa, y mi madre tuvo que ocupar el dinero que habían destinado a la losa de la casa para pagarla. Pasó este gran trago amargo, y mis padres decidieron ponerle, mientras, a la casa, un techo de láminas de asbesto, pues cada vez estábamos más apretados.

La vida sigue

Pasó el tiempo. Al cumplir yo ocho años, decidieron cambiarnos de la primaria del centro a la de la colonia donde vivíamos, de nombre Lázaro Cárdenas del Río. Entré a cursar el tercer grado y mi maestra era una conocida de papá, a la que le decían Mayo. La escuela era muy sencilla, pero con muchas áreas verdes, y mis nuevas amigas eran a todo dar, nada que ver con la escuela del centro, donde eran más estrictos y disciplinados, un poco más apretados. Dentro de todo, mis nuevos maestros, la mayoría, me mostraba afecto.

Luego de casi medio año escolar, nos dieron las vacaciones de Semana Santa. Un Domingo de Ramos decidimos ir a nadar con toda la familia. Casi sentía que estábamos unidos de nuevo. Empezaron a preparar la comida que llevaríamos, las hieleras, la ropa. Nos fuimos al arroyo conocido como Zúñiga, un lugar bonito para nadar. Mientras bajaban las cosas, yo desesperaba por meterme al agua y nadar, pues es uno de mis *hobbies*. Con unos primos fui a la orilla del arroyo, donde se dan unos bejucos, raíces muy largas que utilizábamos para aventarnos al río. Yo les gané y encontré uno, y me aventé sin esperar a que, como siempre, mi papá revisara el lugar donde podíamos nadar. Al momento de caer al agua, se me incrustó una estaca, que entró por debajo de mi sentadera y salió por en medio del glúteo. Sentí un dolor

muy grande y pegué un grito. Dentro del agua se encontraba mi tía Chenchá, hermana de mi mamá, y yo gritaba: “¡Mi nalga, tía, mi nalga!” Mi papá, al escuchar mis gritos, se aventó con todo y zapatos y me cargó. Al acercarse a mi mamá, dirigió su mano a mi nalga y tocó el palo que tenía incrustado. Ella, desesperada, lo jaló y yo volví a gritar. Me sacaron del agua y me subieron en la parte trasera del coche; mi papá y mi mamá me llevaron de prisa a la clínica del doctor Mayo. Al llegar, la enfermera dijo que el doctor estaba en su casa. Mi papá ordenó: “Súbete, vamos a la casa del doctor”. Más que verlo como médico, mis papás lo veían como un amigo. Al llegar a su casa, él venía de comprar unos refrescos. Mi mamá le pidió: “Necesito que atienda a mi hija, se nos acaba de accidentar”. Inmediatamente vio la herida y le dijo a mi papá: “Llévela a la clínica y dígale a la enfermera que la prepare para cirugía. No tardo en llegar”. “Está bien, confío en usted.”

En la clínica me pusieron en una camilla, me limpiaron y me pusieron suero. Al quirófano entró una enfermera, hermana de un tío político, que trataba de mantenerme consciente. Llegó el médico y me dijo: “Te vamos a poner una inyección en el suero, te vas a dormir tantito y todo va a estar bien”.

Me operaron y, al parecer, todo había salido bien. Me pasaron a un cuarto y ahí estaba mi papá, ansioso por verme, por consentirme. Me acariciaba el pelo, me decía que todo iba a estar bien, me preguntaba si me dolía. Me dijo que mi mamá había ido a la casa, que no tardaba. Me preguntó si quería algo, yo dije que no. Empezaba a pasar el efecto de la anestesia.

Pasaron los días y el médico me revisó. Se percató de que tenía maduración y, debido a esto, los puntos se habían reventado. Le comentó al médico que trabajaba con él: “Creo que tendremos que operar de nuevo”. Me espanté. Tenía miedo de que me regresaran al cuarto. Hablaron con mis papás y les explicaron en qué consistiría la nueva operación. Fui llevada de nuevo al quirófano para una nueva cirugía que demoró varias horas. Mi papá me platicó

que, a pesar de estar anestesiada en general, yo me quejaba del dolor. Eran tres operaciones en una, ya que lo harían por capas: interna, intermedia y externa, para que los tejidos cicatrizaran bien. Estuve otros cinco días en la clínica y después me dieron de alta, pero no podía caminar ni estar sentada correctamente, sólo acostada boca abajo, y para bañarme lo hacían entre mi mamá y mi abuela. Me curaban diario, y tenían que estar pendientes. Así lo hicieron durante un mes y con anestesia, debido a que era muy dolorosa. Al terminar la curación, mi papá me premiaba con un *hot dog*, pues me encantan.

Me quitaron los puntos y me recomendaron que, de pérdida, me cuidara durante un año. Usaba ropa interior grande, no podía sentarme bruscamente ni tampoco correr. Regresé a la primaria, y me volví la consentida de la profesora Carmen Mayo y de la mayoría, pues creo que a causa del accidente todos tenían puesta la atención en mí. Mi papá me llevaba al salón y me acomodaba en un mesabanco para mí sola con unos cojines. Él siempre estaba al pendiente de mí, mi padre; lo quiero tanto, Dios me lo guarde. Mi madre sí me quería, pero ella misma me decía que quería más a mi hermana, a pesar de que no fuera su hija, porque ellas dos habían pasado muchas cosas juntas, y que los tragos más amargos de su vida los lloraba con mi hermana. A pesar de ser tan chica, yo entendía y no exigía, me conformaba con que mi papá me demostrara más cariño y no había un solo instante en que no me lo demostrara.

Papá seguía de taxista. Él era un don Juan y yo me daba cuenta de que las mujeres lo buscaban, e incluso le hacían regalos. Yo acostumbraba andar en el taxi, trabajando con él, ya recuperada.

Terminó el año escolar, pasé a cuarto, después a quinto, y cuando casi terminaba sexto de primaria, sentía que cada vez pasaban más rápido los días, pues entendía mejor la noción del tiempo.

Mi madre viviendo en penumbras

Mamá tenía más problemas con papá, por todo discutían, y ella tomaba casi a diario. Un día fuimos a una feria donde hacían muchas exposiciones. Ahí nos acercamos a ver unos fetos en unos frascos. Uno de ellos decía: “Este feto pertenece a la señora Ernestina”. Al ver eso, sus ojos se llenaron de lágrimas y nos dijo: “Me voy a la casa. Tengan, les dejo dinero; que su tía las cuide”, y se marchó rápidamente. Nosotras seguimos divirtiéndonos, no entendíamos nada. Más tarde, cuando regresamos, mi madre estaba completamente tomada; hasta se había peleado con mi papá. Nosotras preferíamos evadirla cuando estaba así, no contradecirla. Me acosté. Siempre pensaba: “Mañana va a estar bien”, pero esa noche fue a donde dormía y, molesta, no recuerdo ni por qué, me pegó. Mi hermana, espantada, trataba de protegerme, así que también le pegó a ella. Le dolió tanto que decidió irse a la casa de mi papá a vivir con él. Ella le dijo muchas palabras muy hirientes, como: “Vete con tu padre, tú no eres mi hija. Mi hija es ella, y no vas a decirme cómo tratarla; si quiero, la mato —refiriéndose a mí—: No llores, cállate, ¿a quién le lloras?, ¿a tu padre? Pues lárgate con él”.

Mi hermana estaba totalmente sentida, mi madre no sabía lo que decía pues estaba afectada por el alcohol. Más tarde llegó mi papá y nos preguntó si ya habíamos cenado; le dijimos que no. Mi hermana se quejó y le pidió que se la llevara, pues estaba muy dolida. Llorando, le dije: “No quiero quedarme solita, papá”. “No, hija, no llores. Tu mamá dijo todo eso porque estaba tomada; mañana vamos a hablar con ella y, si sigue igual, pues nos vamos a vivir solos.”

Al otro día, mamá hacía como que no tuviera importancia lo que había pasado, seguía como si nada, pero mi hermana decidió no regresar a vivir con nosotras, prefirió quedarse sola en la casa de mi papá. Ella ya tenía diecisiete años, pero aun así me hacía falta. Yo decidí quedarme. Papá, día con día, se alejaba más de

la casa; mi mamá tomaba más seguido. De los treinta días del mes, sólo cinco o diez los pasaba en su pleno juicio.

Llegó la fecha de mi graduación de la primaria, pero mamá sólo vivía para su trabajo y para el alcohol. Mi papá le pidió a una tía que se encargara de comprarme las cosas y de mandar a hacer el vestido. El día llegó y mi papá tenía que trabajar. Mi mamá dijo, de plano, que a ella no le gustaban esos mitotes. Nadie me acompañó. Todo el tiempo estuve sola, mientras veía a la mayoría de mis amigas con sus mamás. Sentía una inmensa tristeza. El padrino de mi graduación fue un maestro, y no pudo comer conmigo porque ellos comían aparte. Decidí llevarles los platillos a mi mamá y a mi familia. En el camino a casa se me cayó uno y me enojé. Los tiré todos. Recuerdo que dije: “¿Para qué les llevo? Si ellos hubieran querido, habrían estado conmigo”.

Al pasar unos días, una hermana de mi papá lo invitó a un cumpleaños en Ciudad Mante, Tamaulipas. Por esos días, mis tías, hermanas de mi mamá, me vacilaban diciéndome que pronto me tirarían de la burra. No entendía, pero mi mamá tampoco decía nada. En sus ratos buenos decía: “Es que vas a tener un hermanito”. Me molestaba, me daban celos.

Un día, mi papá y yo fuimos a la iglesia y me empezó a platicar de una manera muy triste, delante de la Virgen. Me contaba que había una mujer que, al parecer, también estaba embarazada y que él no sabía qué hacer, que no le era fácil darles cariño a hijos de otra madre. Le pedía a la Virgen de Guadalupe que se hiciera su voluntad y que lo ayudara, pues se sentía entre la espada y la pared. A los pocos días, papá me platicó que Carmen, la otra señora que tenía, se había caído y había perdido al niño. Yo no podía juzgar a mi papá, pues mi madre lo había superdescuidado. Tengo el gusto de haber tratado a Carmen, que era una buena mujer y quería mucho a mi papá, e incluso a mí; nos procuraba mucho. Nunca le dije a mi mamá de ella, por no lastimarla, pues papá siempre decía que era una aventura. Al saber mi papá lo que le había sucedido al

bebé, decidió alejarse. Papá sabía que mamá estaba embarazada y regresó a casa. Ella no cambiaba, seguía tomando.

Un día, mi abuelo materno, enfermo de cirrosis hepática, platicó conmigo y me dijo: “Hija, lo que más me duele de irme de esta vida es no ver cuando cumplas tus quince años; recuerda que te quiero mucho”. Días después, falleció. Mi mamá arregló lo del funeral y velamos al abuelo. Al otro día fue su entierro, y a los nueve días de su fallecimiento, mi mamá se alivió. Yo estuve presente en su parto, pues ella había decidido que la atendiera una partera, la abuela Julia, a la que yo misma fui a avisarle que mi mamá ya tenía dolores, e incluso la apoyé en el parto pasándole las cosas con que ella se auxiliaba. Lo malo fue que, al momento de pedirme las tijeras, le pasé unas que eran de mi mamá y estaban oxidadas, y casi le cuesta la vida a mi hermanito recién nacido. Se le infectó el ombligo y tuvo principios de gangrena. Le pusieron una vacuna de adulto y nos advirtieron que las primeras horas eran críticas. Mi papá estaba feliz porque era su primer varón, y triste, porque a escasas horas de haber nacido le estaban condicionando su tiempo de vida. Esas tres horas fueron desesperantes. Mi mamá no había acudido al médico con nosotros; prefirió quedarse en casa y nos dijo: “Si Dios quiere, va a vivir, y si no, ni modo”. Ella era muy dura; y el niño sobrevivió.

Mi hermano fue registrado con el nombre de Billy Balam Rodríguez Contreras y era un niño bonito, pero mamá seguía tomando, no lo atendía. Había días en los que si dejaba de beber, andaba nerviosa, de malas, y acababa controlándose con cerveza. Acabé haciéndome cargo de mi hermano; lo atendía, lo protegía, lo sacaba a divertirse y, a veces, salía con él a todos lados. Yo tenía doce años cuando él nació. Cada día, la ilusión por llegar de la secundaria y ver a mi hermano, e incluso a mi mamá, era grande.

Mis estudios a costa de todo

Mi papá optó por que yo estudiara en una secundaria nocturna para trabajadores, ya que había empezado a trabajar con una señora, amiga de mi mamá, a la que ayudaba en el quehacer de su hogar, pues por motivos de salud necesitaba quien la auxiliara. Me gustaba mi trabajo y quería aportar algo a mi casa, así que estudié en la nocturna. Entraba a las seis de la tarde y salía a las diez de la noche, por lo general, la mayoría éramos jóvenes trabajadores, limitados por el horario de nuestros empleos, que nos permitíamos estudiar a esas horas. La mayoría de los profesores eran los más reconocidos de secundarias de renombre. Nos prestaban las instalaciones de una primaria, pero todo estaba bien.

La vida que yo llevaba en mi casa era estresante, y la mejor parte era ir a la secundaria: convivir con mis amigos, hacer tareas e investigaciones, platicar con los profesores, meterme de lleno y olvidar todo lo que pasaba en casa. Tenía una amiga más o menos de mi estatura que vivía casi en frente de mi casa, sabía todo lo que pasaba en mi familia y mi mamá conocía muy bien a la suya. Nos íbamos juntas a la secundaria y nos regresábamos juntas. ¡Qué no hacíamos las dos! Nos queríamos mucho y nos buscábamos. Su nombre era Gudelia Guzmán Galindo, estudiamos los dos primeros años de secundaria.

Antes de entrar a clase se reúne uno con sus compañeros; yo buscaba mucho a Diana, a Iván, Misael e Isabel, y echábamos relajo. Todos éramos de un mismo salón; Gudelia se reunía con sus compañeros. Es importante platicarles que, a pesar de la bonita amistad que llevábamos, nunca pudimos estar en el mismo salón ni estudiar juntas. Pero sí conocía y sabía convivir también con sus compañeros: Rufina, Elvia, Rafael, Rafaela, Juan Carlos e Ignacio, que son los que más recuerdo.

Me empezó a pretender un muchacho de nombre Rafael, que era el más asediado en la secundaria, el más apuesto y me gustaba

y me llamaba la atención. Una que otra vez me acompañó a mi casa; otras veces nos poníamos de acuerdo varios compañeros e íbamos al cine, y en otras ocasiones se me hacía el aparecido en la plaza. Tuvimos una buena amistad, pero como que yo no aceptaba ser su novia, ya que él había acabado una relación de noviazgo con Rafaela, muy amiga de Gudelia. Una de las tardes que recuerdo es cuando este apuesto muchacho me dijo:

—Kari, ¿me dejas llevarte a tu casa?

Él iba a la secundaria en bicicleta y, al verlo con la bici, le contesté:

—Sí, pero no pienses que me voy a subir a tu bici.

—Claro que no —dijo sonriente.

Empezamos a platicar.

—¿Qué has pensado? ¿Quieres ser mi novia? Dime, me gustas mucho, dame esa oportunidad.

De repente nos vimos a los ojos y le dije que sí.

—¿Te puedo dar un beso?

—Nunca he besado a nadie, no sé besar —y de repente me besó; yo me sonrojé.

—No te pongas roja. Cuando te conocí, me gustaste mucho. Si quieres que pida permiso en tu casa, hablo con tu mamá.

—Espérate, espérate, no nos estamos casando. Nos vamos a conocer. Espero no parecerte anticuada; primero están mis estudios, luego el novio, y espero no aburrirte, pues no salgo a fiestas ni me gusta andar en las esquinas. Muy pocas veces salgo, menos a las tardeadas —y como que lo dejé pensando—. Si crees que no te convengo, puedes decírmelo. Tú también me llamas la atención.

—Bueno, está bien, sólo recuerda que te quiero.

Sus palabras me daban confianza, pero al pensar en mi familia, me daba temor.

Casi al terminar el tercer año de secundaria, nos empezaron a pedir las instalaciones; no tenían dónde impartir las clases. Los alumnos llegamos a la conclusión de hacer un plantón frente al

Ayuntamiento o la Presidencia para solicitarle al presidente que nos proporcionara nuevas instalaciones, o que nos donara un terreno para la secundaria. Conseguimos que nos prestaran un espacio en otra primaria en la colonia Malinche.

Seguimos acudiendo a clase, mi dizque novio se había perdido, dejó de ir a la escuela. Yo, la verdad, no lo buscaba ni estaba tan clavada. Un día me buscó, me habló en el portón de la secundaria. Me dijo que sólo había ido a despedirse de mí, que se iba a México, al Colegio Militar, y que necesitaba hacerlo. Me pedía que lo esperara, que no me olvidara de él. Le deseé que le fuera bien y le dije que no lo iba a engañar: era mi primera ilusión, me gustaba y me dolía que pasase eso, pero que le deseaba que le fuera bien. Me pidió un beso y luego se fue dejándome en una hoja el dibujo de un corazón. Ésta era mi primera decepción amorosa.

Nuestra vida continuó. Seguimos estudiando y saliendo al parque. El fin de curso se acercaba y empezamos con los preparativos de graduación. Mi amiga Gudelia quería una graduación de caché o lujosa, pero la mayoría de los dos grupos eran compañeros que lo pensaban por su situación económica y mejor optaban por no salir. Molesta porque no se le apoyaba, mi compañera se dirigió a mí diciéndome que yo tenía manera de salir. Le dije que el hecho de que lo pudieran costear mis padres, no era motivo para gastar en lujos, y lo que se discutía era apoyar a mi grupo, del cual yo era jefa. Por unos días me dejé de hablar, y sus compañeros decidieron empezar los ensayos. Al cabo de unos días, también mis amigos quisieron participar y disipamos nuestras diferencias.

Llegó el día de la graduación; estaba lista, y una vez más iría sola a mi fiesta. Esa vez me pintaron y me arreglaron; estaba muy guapa, y todos los muchachos me decían “gua gua gua”. Alfonso se acercó y me dijo: “Estás guapísima, ¿te acompaño?”, y le contesté: “No, gracias”, lo ignoré y entré al salón de fiestas. Jesús Iván y Misael estaban solos y me senté con ellos. Misael y yo fuimos

los primero en entrar a bailar, nos divertimos más que los que estaban con su familia. Todos nuestros compañeros decían que Misael estaba enamorado de mí, pero yo sólo me reía; lo único que sí notaba era que él me cuidaba mucho, y que se encelaba cuando me sentaba con Jesús Iván. Todo terminó alrededor de la una de la mañana y me fui en un taxi a la casa. Me encontré con que Alfonso estaba tomando con mi mamá. Pasé de largo hasta mi cuarto, me desvestí, me lavé la cara y me puse a pensar hasta cuándo dejaría mi madre este vicio. Verla en ese estado me hacía sentir mal. No recuerdo dónde estaba mi padre, pero debido a la desatención por parte de mi madre, se dejaba querer por Carmen.

Desde ese día, Alfonso, según él, se había enamorado de mí; a mí me dio risa su supuesto amor. Pasaron los días y empecé a informarme de las preparatorias. La mayoría de los jóvenes de ahí moría por estudiar en el Cobaev, una prepa de paga, y otros decían que el CBTIS estaba muy difícil, pero que había más carreras. Mi mamá por primera vez dijo:

—Vas a entrar al Cobaev.

—No, yo no quiero estudiar ahí.

—No te estoy preguntando, ya te inscribí. Ahí va a estudiar el hijo de tu padrino.

Me molesté. Fui a la casa de mi papá y en el camino me topé con una compañera de la secundaria, Isabel.

—¿Ya te inscribiste? —le pregunté.

—Ya. En el parque están dando las fichas para el CBTIS. La mayoría son carreras técnicas y la otra semana empiezan los cursos de inducción. A los que saquen la ficha ahorita sólo les van a cobrar cincuenta por ciento de la inscripción.

—Acompañame a sacar mi ficha, ándale.

—Bueno, vamos.

Llegamos y pedimos mi ficha.

—¿Para qué carrera?

—Para Técnico en Informática Administrativa.

Cuando llegué a casa de mi papá, le expliqué que tenía más ventajas porque, al terminar la carrera, si ya no quería estudiar, me daban más pronto un trabajo por ser técnico. A mi papá le pareció muy buena elección. Sólo faltaba darle la noticia a mi mamá, y no podía esperar. Le dije al llegar a casa.

—¿Quién te va a pagar tus estudios? Porque si vas a hacer lo que tú quieras...

—Mira, mamá, no te lo tomes así. Escúchame y déjame decirte por qué.

Le expliqué las ventajas y desventajas de estudiar en el CBTIS y no en el Cobaev. Ella me comprendió y dijo que estaba bien.

Llegó la semana de inducción en el CBTIS, que se encontraba retirado de la ciudad, a unos veinte o veinticinco minutos. El plantel estaba en medio de mucha vegetación y había unos microbuses que nos transportaban. Al lado del CBTIS había muchos ranchos ganaderos. El curso se refería a los horarios de clases, a las materias que se impartían, a cómo se calificaba, el uniforme, los diferentes talleres, una inducción de lo que sería pertenecer al CBTIS. Se me hacía difícil, pero no imposible. En el curso me di cuenta de que en la carrera de Técnico Mecánico de *Fuel Injection*, estaba inscrito Misael, mi amigo de la secundaria.

Terminó la semana de inducción y nos dieron otra semana de descanso antes de empezar las clases del primer semestre. Cada semestre era un nivel de la carrera. Empecé a acudir a las clases y me dejaban mucha tarea, pero eran a todo dar mis compañeros. Me topé con una nueva amiga, Elba González Melo; nos empezamos a llevar superbien. Ella había pasado a reemplazar a mi amiga Gude que, por su situación económica, estaba estudiando en una escuela patito que, al final, cerraron. Luego decidió ya no estudiar y continuar trabajando en la tienda de videojuegos. Nuestra amistad seguía, nada más que ya no nos veíamos seguido.

Con Melo salía mucho y trabajábamos en equipo. En el CBTIS me dio por ir al gimnasio y ocupaba mi tiempo.

Mamá seguía como siempre, tomando. Había días en los que Gude y yo salíamos al parque o íbamos a misa. Ella había conocido a un muchacho que era soldado, Pedro, la quería mucho y era ya mi amigo. Al mismo tiempo, en su trabajo, Gude conoció a Juan, que trabajaba en una panadería, e iba a jugar videojuegos y ya la pretendía. Como su novio no la veía seguido por su trabajo, a ella se le hizo fácil andar con Juan al mismo tiempo. Cuando me lo presentó, no me cayó del todo bien, pero por educación lo saludé.

Por otro lado, día tras día las cosas eran un poco más presionantes en el CBTIS, pero me gustaba el reto, y si algo se me hacía difícil, yo preguntaba o investigaba, pero nunca decía “no puedo”.

Cada vez que esperaba el microbús en la esquina de mi calle, Isabel, mi amiga, me venía apartando lugar y platicábamos. Misael, antes de entrar a clases, me invitaba a comer empanadas de queso, así no perdíamos contacto. En la hora del receso nos íbamos a comer tortas de cochinita pibil o Misael me invitaba raspados con el *Taquila*, un yukero muy buen amigo mío.

Yo me llevaba muy bien con todos mis maestros, eran a todo dar. El profe Ciriaco era muy estricto, pero excelente maestro; Palafox, muy motivador y siempre le hallaba solución a todo; la maestra Dorita, muy atenta, buscaba el mejor método para enseñarnos; el profesor Víctor era una eminencia en las matemáticas, y qué les cuento del profesor Ovando, muy buen amigo de todos, dispuesto a escucharte en cualquier momento. A mitad de la carrera o de la prepa, un día platicaba con Isabel, mi compañera, y nos pusimos de acuerdo para hacer juntas una investigación.

—Nos vemos a la salida para irnos juntas.

—Mejor nos vemos más tarde, en el parque, porque la maestra de Finanzas nos va a dar una clase extra.

Mi amiga se fue. La busqué más tarde en el parque y no la hallé, así que me fui a mi casa. Al otro día esperé encontrarla en el microbús, pero me extrañó que sólo vinieran su novio y Misael. Les pregunté por ella.

—¿No la viste en la tarde?

—No. Fui a la biblioteca, pero no la encontré.

Al llegar al CBTIS nos fuimos al salón. En la primera clase, la maestra Dorita nos pidió hablar con el grupo. Entraron unos compañeros del grupo de Isabel y nos dijeron:

—Solicitamos su apoyo, ya que la compañera Isabel fue atropellada ayer al cruzar la carretera rumbo a su casa. Está muy delicada de salud y fue trasladada a Jalapa.

Me quedé en *shock*, no lo podía creer. Me sentía mal y tenía remordimientos.

—Si me hubiera ido con ella ayer, a lo mejor no hubiera sido arrollada.

Quise irme a mi casa; no soportaba la noticia. No tenía mucho de haber llegado, cuando me dijeron que acababa de morir. Aún siento su muerte; ella representaba una muy sincera amistad. Mi madre sabía que yo sufría la muerte de mi amiga. Era algo increíble, pero cierto: ya no estaba. Ella no terminaría la carrera a la cual nos habíamos ido a inscribir juntas. Donde quiera que esté, ella sabe lo mucho que la quise y que la sigo queriendo, que cada triunfo en mi vida se lo dedico a ella y es en su honor.

Pasaron los días. Todo continuaba, aunque no igual, porque ella faltaba. Me había hecho muy amiga de su novio y platicábamos. Mi objetivo era animarlo. Misael también como que me buscaba, platicábamos y recordábamos cosas. Mi amiga Melo me daba ánimos y nunca me dejaba sola, ni para ir al baño; todo cuanto hacíamos era referente a trabajos del CBTIS.

Mamá seguía tomando de vez en cuando. Cierta día tomó y tomó y se durmió casi en la madrugada. Yo no encontraba las llaves para abrir las puertas; mi papá cortó entonces una ventana y me dijo: “Sal, órale, ya es tarde”. Yo estaba llorando porque tenía que presentar un examen. Papá me llevó hasta el CBTIS. Los días de examen eran tediosos, de mucha presión, pero al final todo cuanto vivía ahí era muy padre. Había días en que los microbuses

no regresaban para la última clase, y optábamos por irnos caminando, la mayoría de los alumnos, por toda la vía del tren hasta llegar a la colonia, cerca de donde vivíamos.

Nos tocó hacer el servicio social y la maestra solicitó que Melo y yo lo realizáramos en las oficinas. Estuvimos un mes, y después llegó un comunicado en que informaban que ya no iban a aceptar alumnos. Decidí regresar a la secundaria nocturna para hacer el servicio, y el director, sin dudar, dijo que sí, pues acababan de donarles instalaciones propias. Me dediqué a instalar la biblioteca escolar de la secundaria, a hacer cada ficha bibliográfica, a instalar lo que sería la sala audiovisual. Había días en los que impartíamos clases o hacíamos oficios; de todo un poco.

Las instalaciones eran de una clínica que había desaparecido en la azufrera, que años atrás había sido una de las principales fuentes de empleo. Lo bueno era que la escuela secundaria nocturna para trabajadores ya tenía un sitio y, en lo personal, yo era parte de eso, que en su momento representó mucho para mí, pues empezó a ocupar mi tiempo. Cambiaba la rutina, pues temprano, de seis a siete, hacía el aseo en mi casa; de siete y media a dos estaba en el CBTIS; de dos a cinco y media cuidaba a mis hermanos, y de seis a diez hacía mi servicio social.

Eso fue durante seis meses, en el último año de la carrera de Informática Administrativa. Mi amiga Melo y yo íbamos juntas al servicio. Había otros muchachos, sólo recuerdo a Alejandro, muy a todo dar. A mí me gustaba estar más en la biblioteca y apoyar a los muchachos con las clases, así como a algunos profesores en la materia que impartían.

En ese tiempo, los fines de semana me gustaba acompañar a mi padrino a los partidos de fútbol que hacían y convivir con toda su familia, pues él siempre me trató como a una verdadera hija, mientras mis padres, cada día que pasaba, se distanciaban más.

Papá se había alejado de Carmen, pero había iniciado una relación con una maestra de preescolar. Un día de esos, mi papá

me la presentó. La verdad, era la primera de muchas que me caía de la patada, supermal, y creo que yo era correspondida en el sentimiento. Según ellos, eran novios.

Yo le decía a mi madre que se diera la oportunidad de conocer a alguien, que pensara en rehacer su vida, pues veía que tenía muchos pretendientes, más aún con una casa recién hecha, amueblada, y con hijos grandes. Ella trataba mucho a un señor que era ganadero, pero me parecía muy mimado. Mi mamá rápido se dio cuenta y decidió seguir buscando un príncipe verde, de perdida. Conoció también a un taxista de nombre Arcadio, muy feo el hombre, pero con un supercorazonzote; muy humilde, pero muy trabajador, que siempre le hacía ver a mi madre que estaba mal que tomara, y eso a ella le supermolestaba. Nadie entendía, ni yo que vivía con ella, por qué bebía, y ya tomada le daba por ofenderme o pelear.

Me percaté varias veces de que le molestaba que buscara o estuviera al pendiente de mi papá. Cuando pasaban días sin verlo, yo lloraba, y cuando se daba cuenta, me corría diciéndome: “Lárgate a buscar a tu padre, arréglate y ve a ver dónde lo encuentras. Me choca que le andes llorando; cuando te llenes de verlo, regresas, órale”.

Mi mamá era muy estricta, muy seria, pero en el fondo era buena. Yo, en sus ratos mozos, recuerdo que había momentos en que me decía palabras cariñosas y que yo, a pesar de verla de tan mal genio, la abrazaba y la besaba, aunque le molestara que lo hiciera.

Mi hermano creció superrápido, ni cuenta me di. Lo que sí sé es que siempre cuidaba de él. Parecía que el tiempo volara, y siempre vivía con el Jesús en la boca cuando veía que mi mamá empezaba a tomar, pues a lo que más le temía era a que peleara por cualquier cosa. Mi papá decía que mi mamá nunca se compondría, y que él le pedía a Dios por ella, pero que lo veía difícil. A él se le hacía más fácil apartarse que enfrentar el problema, sólo yo decidí

seguir a su lado a pesar de todo. Me dolió mucho que no quisiera cambiar, muchas veces le pregunté: “¿Por qué tomas, mamá?”, y ella, enfurecida, me respondía: “Cállate, no te pido a ti para tomar”. En una ocasión me abofeteó y, molesta, me iba a mi cuarto a llorar y me preguntaba miles y miles de veces: “Señor, ¿por qué a mí? ¿Por qué vivir esto si mi madre puede ser como la mamá de cualquiera de mis amigas? ¿Por qué no deja ese vicio? Que entienda que mi hermano y yo la necesitamos”. Nunca encontraba respuesta, sólo me cansaba de llorar en silencio hasta quedarme dormida.

Mi primera ilusión

Había ocasiones en que mi padrino iba a la casa con su hermano y con sus trabajadores a comer, les gustaba cómo guisaba mi mamá y mi padrino, sobre todo, tenía un interés especial por ella, casi diría que estaba enamorado. Uno de sus trabajadores era Alfonso, y los demás: Arturo, Pedro, Sergio Carlos y sus hijos: Denis, Alain y Luigi y su hermano Isaac. Para el hermano de mi padrino trabajaba también el famoso *Chuster*, de nombre Juan José Torres Carrión.

Entre mi padrino y su hermano tenían un negocio llamado Distribuciones Perry, cuyo giro era venta de abarrotes. Muchas veces, los sábados acompañaba a mi padrino a vender a diferentes ciudades cercanas. Me encantaba, y había ocasiones, cuando no tenía clases, en que le ayudaba en su tienda y trataba a todos los trabajadores, la mayoría jóvenes que, sobre todo, me respetaban y me cuidaban mucho.

Con el único que casi no cruzaba palabra era con *Chuster*, pues era muy serio y mal encarado, y me molestaba que agarrara las camionetas como si fueran de él, y sobre todo porque le gustaba ir a dejar a la novia en ellas.

Cierto día le reclamé a mi padrino, más bien fui de chismosa, y le dije: “Oye, padrino, las camionetas son para el trabajo no para andar echando novio”, y él y su hermano se empezaron a reír. Al día siguiente pasó lo mismo, *el Chuster* llegó y la novia ya lo estaba esperando. Le pidió la camioneta, y mi padrino le dijo: “Voy a dejar a mi ahijada, no me tardo. Si me esperas...”, y él contestó: “No, padrino (pues también lo era suyo), mejor nos vamos caminando, no hay problema”.

Me subí de inmediato a la camioneta, y ya aburría a mi padrino, pues casi a diario le hacía preguntas acerca de *Chuster*; que dónde vivía, que si tenía mucho con la novia, que cuál ruta traía, en fin, ya lo veía hasta en la sopa, y mi padrino parecía pagado, me hablaba maravillas de él, que de todos sus empleados él era el más responsable, sin vicios y muy respetuoso. ¡Ay, no saben!, sentía algo dentro de mí, como mucha emoción, al saber que si iba a ayudar a mi padrino, me lo encontraría o lo vería. Me alegraba con que me diera los buenos días, pero me molestaba verlo con su novia, a la cual conocía sólo de vista, pero sí la saludaba.

Ella vivía a dos cuadras de mi casa, era una muchacha con un cuerpo bien proporcionado, de cabello largo y negro, muy guapa; y él era apuesto, con unos ojos muy lindos, de tez morena clara y unos labios bien formados. No había duda, *el Chuster* me gustaba más de lo que yo pensaba, pero se me hacía un imposible, pues yo estaba en desventaja, ya que yo era gordita, de cabello no muy largo y me parecía imposible que un muchacho de tal porte se fijara en mí.

Yo jugaba con mi padrino, pues él ya había notado que me interesaba mucho. Cierta día me preguntó:

—Ahijada, ¿por qué preguntas tanto por *el Chuster*? ¿Acaso te gusta? Dime la verdad.

Me avergoncé, pero él me dijo:

—Confía en mí.

—Sí, padrino, no sé, pero me llama la atención, aunque sé que tiene novia. No creo que se fije en mí, su novia está muy bonita, ni para qué hacerme ilusiones.

—Tú eres muy bonita y no me gusta que te sientas menos. ¿Te digo algo? Fíjate que algo raro pasa con *el Chuster*. Él también me pregunta mucho por ti. El otro día lo regañé, ya casi chocábamos.

—No, no, ¿de verdad padrino? No te creo —grité emocionada.

—Sí, de veras, tú sola te vas a dar cuenta.

Eso me ilusionó demasiado. Pasaron los días, y en ocasiones mi padrino mandaba a *Chuster* para que me llevara al servicio social. Él solo llegaba y preguntaba por mí:

—Oiga, me mando su padrino Mundo para que la llevara —muy respetuosamente.

—Claro, vamos —y me abrió la puerta de la camioneta.

En todo el camino no decía una palabra, y yo tampoco. Recuerdo otra ocasión en que mi padrino llegó a la casa y le pedí el favor de llevarme a la papelería para un trabajo que me urgía.

—Que te lleve *Chuster* —dijo.

Al llegar a la papelería se bajó y me abrió la puerta:

—Aquí la espero, no se preocupe. Tómese su tiempo.

Cuando regresé a la camioneta, él no estaba. Volteé desesperada para todos lados, y al cabo de unos minutos, salió de no sé dónde a las risas y me dijo:

—Discúlpame, es que tuve que ir a preguntar por un medicamento. ¿Te molestó que no estuviera?

—Claro que no, ¿nos vamos? —y seguí mostrándome seria.

Fueron pasando los días y cada vez pensaba más en él o recordaba su cara; él seguía siendo para mí inalcanzable.

Un día mi mamá le pidió a mi padrino que al terminar la ruta la llevara a buscar arena para rellenar unas paredes.

—Sí, saliendo venimos, ¿cómo ves, ahijado, me echas la mano? Yo te llevo al terminar a tu casa.

—Claro, padrino, ya sabes.

Esa vez mi mamá y mi padrino fueron por la arena junto con *Chuster*; yo decidí quedarme, pues tenía mucha tarea. Cuando regresaron, mi mamá me pidió unos vasos de agua, uno de ellos

para *Chuster*. Más rápido que nunca, lo serví y se lo llevé. Él se bajó de la camioneta y me hizo plática:

—¿Es cierto que te gusta pintar?

—Sí, me gusta mucho la pintura.

—¿Me puedes mostrar algún cuadro?

Le mostré uno de un águila.

—Es muy bonito, a mí me gusta dibujar, pero a lápiz. Cuando quieras te enseño algún dibujo. Y ¿es difícil trabajar este tipo de pintura?

—No, de hecho acabo de inscribirme a un curso.

—Bueno, creo que ya nos vamos. Gracias por el agua.

—De nada, gracias a ti. Hasta mañana.

Esa noche yo estaba feliz, pues era insólito que hubiéramos platicado; aunque hubieran sido unas cuantas palabras, para mí significaba mucho.

Al otro día fui al CBTIS con más ganas. Me sentía diferente, como que mi ilusión había crecido. Al tercer día llegó en la camioneta de mi padrino y se bajó. Me saludó muy sonriente:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, pásale. ¿Qué andas haciendo?

—Pues pasaba por aquí y quise traerte este obsequio, espero te guste.

Era una bolsita de chocolates *kisses*. Los tomé, le di las gracias y lo invité de nuevo a pasar.

—No, gracias, ya me voy. A lo mejor tienes mucha tarea; luego platicamos. Cuidate, hasta pronto. Espero te gusten los chocolates.

—Sí, gracias.

Se fue y yo casi brincaba de alegría. Como que no le era indiferente, mas no quería confiarme tanto ni idealizar cosas. La verdad, estaba enamoradísima de él, pues de todo lo que escuchaba, la mayor parte eran cosas buenas, y su comportamiento era el de todo un caballero: me trataba de usted, me abría la puerta de la camioneta y era muy respetuoso, independientemente de que tenía los ojos más lindos que había visto y sus labios muy bien formados. Sentía que él era el novio de mis sueños.

Un día invitaron a mi mamá a una comida, y ella invitó a mi padrino; acababa de iniciar una relación con él, pues sólo era mi padrino de respeto. Ese día, al irse mi padrino, le dije:

—Dígale a su ahijado que lo invito a la fiesta, ¿sí, padrino? ¿Cree que acepte mi invitación?

—No sé, yo le digo.

—Bueno, nos vemos mañana.

—Al día siguiente esperaba con ansias la hora en que mi padrino llegara por nosotros. Nos arreglamos; hasta mi primo Claudio nos acompañaría a la fiesta. Él había llegado a vivir con nosotros por un pleito que había tenido con su mamá, pero la cosa era que iríamos mi mamá, mi padrino, mi hermano, mi primo y yo; y si *Chuster* aceptaba mi invitación, también iría. Llegó la hora esperada y tocaron al portón. Fui a abrir y sólo vi a mi padrino. Con voz triste le pregunté:

—¿Y *Chuster*? ¿No quiso acompañarnos? Sí, lo sabía.

—Pero claro que sí los acompaño. No podía despreciar esta grata y cordial invitación —dijo *Chuster* y sonrió.

Mi rostro se iluminó de alegría.

—Pásenle, ya no tarda mi madre, y nos vamos.

Mamá salió y saludó, andaba guapísima y dijo:

—¿Ya listos? Vámonos —se dirigió a mí—: llévate mi bolsa, hija, y guarda las llaves.

Llegamos a casa de los Valencia, que eran los anfitriones, y saludamos a todos. Nos dieron una mesa y había cerveza. Mamá empezó a tomar; yo estaba avergonzada. Para mí, no era correcto que una mujer tomara, y mi padrino, por consiguiente, empezó a tomar. Y mi primo, ya ni les cuento. A menos de tres cervezas empezó a decir incoherencias. Yo me empezaba a sentir incómoda.

Nos sirvieron el platillo, que era mole con arroz, y mi primo empezó a criticar la comida en voz alta. Mamá se molestó y le dijo que se callara o lo abofetearía. Él se molestó y dijo una sarta

de majaderías. *Chuster* le habló muy serio: “Hey, bájale a tus palabrotas, ¿no te das cuenta de que hay damas y está tu prima? No seas irrespetuoso”. Mi primo Claudio se levantó más enfurecido y salió del terreno donde era la fiesta. En la calle empezó a gritar, a decir miles de cosas. Me enfurecí y salí superenojada; fui yo quien cacheteé a mi primo, y a jalones me lo llevé hasta donde fuera posible hacerle la parada a un taxi. El taxi apareció, lo subí, y detrás venía corriendo *Chuster*, superasombrado de mí, pues el gatito había despertado como león. Me acompañó a la casa. Mi primo lloraba y me decía: “Tú no me quieres, nadie me quiere, me quiero morir”, y le sugerí que fuera a su cuarto y se durmiera. *Chuster* estaba sentado en el corredor. Me preguntó si ya se había dormido.

—Sí, se ha quedado tranquilo.

—¿No te lastimó?

—No, y te pido que me disculpes. Lo que pasa es que él está muy deprimido, trae muchos problemas, pero es a todo dar.

Mamá y mi padrino llegaron en un taxi con mi hermano, y me dijo enojada:

—¿Dónde está tu primo?

—Ya se durmió, déjalo, se le subió la cerveza.

—Sí, pero ¿cómo se le ocurre dejarme en vergüenza?

—Mamá, ya pasó.

Y dirigiéndose a *Chuster*:

—Gracias, ahijado, por acompañar a mi hija. Venía pensando, qué tal y se pone más furioso y hace por pegarle a ella.

—No, yo estaba temblando de miedo, pero por tu hija, madrina, tiene un carácter duro y muy valiente.

Esa noche continuamos platicando. Me preguntó qué estaba estudiando y si me gustaba mi carrera. Le comenté que me sentía mal de ver que mi mamá tomara. Me dijo que me despreocupara, que sería nuestro secreto, que a él no le gustaba tomar ni fumar, que eso lo hacía muy aburrido. Le contesté que no, que me caía superbien y que me encantaba platicar con él.

—¿De verdad no te parezco aburrido?

—No, para nada —contesté, y empezó a sonreír.

Esa noche mamá salió y se sentó en el corredor a platicar con nosotros.

—Hija, ¿te puedo preguntar algo? ¿Te cae bien Juan José (*Chuster*)?

Le dije que sí.

—Y a ti, Juan José, ¿te gusta platicar con ella?

—Mire, madrina, le hablo así por respeto. Y si no le molesta, a mí me gustaría que fuera mi novia.

Mi madre me miró y me dijo:

—¿Quieres ser su novia?

No contesté.

Juan José dijo:

—Madrina, ¿me dejas hacerle esa pregunta yo? —y mirándome, me tomó de la mano—. Nena, ¿quieres ser mi novia?

—Sí, claro que sí.

Entonces mi mamá dijo:

—Bueno, dejen les digo que lo que no quiero es que me la perturbes en fechas de examen, ya que está por terminar su carrera, y que no anden por las esquinas. Puedes venir a verla aquí a la casa.

Yo no podía creerlo. Pero, espérense, faltaba preguntar dónde quedaría la novia de *Chuster*, pues si recuerdan, tenía novia y era superguapa. Le pregunté.

—Las cosas con ella ya terminaron. Hay cosas en las que no estuvimos de acuerdo. Con tu forma de ser hiciste que me enamorara de ti, sólo te pido que me creas, pues mi relación con ella ya terminó. Bueno, me despido. Creo que ustedes tienen que descansar —y dirigiéndose a mi mamá—: gracias, madrina, por darme la oportunidad de demostrarle a tu hija que la quiero, que me he enamorado de ella.

—De nada, acompáñalo, hija, a la puerta.

Nos encaminamos hacia la salida.

—Bueno, me voy, ¿me dejas darte un beso?

Le dije que sí y me besó.

—Ahorita no tienes exámenes ¿verdad?

—No, claro que no.

—¿Te parece que nos veamos mañana?

—Sí, claro que sí.

Me volvió a besar y se fue. Yo me sentía súper superfeliz. ¡Era tan hermosa esa sensación! El escuchar cada palabra, ver su gesto..., yo estaba enamoradísima, pues siempre lo había amado, pero en silencio, desde el primer momento en que lo conocí.

Ese día mamá decidió ir a dormir temprano. Al día siguiente, tenía miedo de que mi madre cambiara de parecer respecto a mi noviazgo, y le pregunté:

—Mamá, ¿te cae bien Juan José?

—Sí, claro. Lo único que te pido es que no desperdicies esta oportunidad, que te des a respetar. Tú sabes lo que está bien y lo que no, y pues no le digas a tu papá, porque a lo mejor no le parece y se puede molestar. Mejor lo haces más adelante.

—Sí, mamá, está bien.

Mi padre era celoso. No saben qué bonito fue este noviazgo para mí. Juan José y yo nos empezamos a tratar. Él era muy respetuoso, me cuidaba mucho y a cada momento me llenaba de detalles, me escribía poemas, pensamientos. Cada vez que llegaba a la casa traía consigo una flor que había cortado en el camino. Yo siempre lo quise mucho; él para mí era un novio en peligro de extinción, pues pocos quedaban como él. A cada rato me decía que me quería.

Él sabía del problema de alcoholismo que tenía mi madre y sabía que su carácter se volvía ofensivo cuando tomaba, pero sabía buscar la manera de que ella se controlara. Había ocasiones en que mamá tomaba toda la tarde y toda la noche, y yo tenía que cuidar que no se fuera a caer o a lastimar con algo, y él me ayudaba. Él sabía lo que vivíamos mi hermanito y yo, y muchas veces estuvo en los momentos en que más lo necesité. Él se dio

cuenta de que a mi madre, a pesar de tener yo diecisiete años, le daba por pegarme u ofenderme verbalmente, y él muchas veces intervenía para controlar la situación de la mejor manera.

Cómo recuerdo su risa, su seriedad, sus gestos. Él había llegado a ser la mejor parte de mi vida, mi primer novio, el más caballero, el más amable, el más apuesto. Aún cierro los ojos e imagino sus besos tan inocentes, sus palabras de aliento cuando me decía que yo sería la mejor de las esposas, que viviríamos en un pedacito del rancho de sus papás, cerca de un río, en una cabaña que él haría para mí, donde me haría un jardín de rosas de diferentes colores; aún recuerdo todo eso.

Cada día que llegaba, trataba de vivirlo intensamente, lo amaba. Al mismo tiempo, me pretendía aún más Alfonso, pues detestaba a Juan José, y yo, por más que le decía que no me molestara, no daba su brazo a torcer. Muchas veces le hice saber, estando Juan José, que no me interesaba. Mi Juan José era único.

Un día me invitó a mí y a mi madre a un rosario de la Virgen de Guadalupe. Mamá y yo fuimos; ahí estaban sus papás, sus hermanos, su cuñada y sus abuelos paternos. Me presentó por primera vez con sus papás. Su mamá se acercó y me dio un beso en la mejilla diciendo en voz baja: “Hola, preciosa, así que tú eres quien me quiere robar a mi Pepe”. Sólo sonreí, saludé a su hermano y a su cuñada. Por último me presentó a sus abuelos, quienes eran muy a todo dar. Cenamos unos tamales y tomamos café. A mí me decían “la acoplada”. Mamá dijo que era hora de irnos y Juan José se ofreció a llevarnos. Nos despedimos. Mi futura suegra me dijo: “Ésta es tu casa, hermosa, cuando quieras venir”. Le di las gracias y me despedí, dándoles también un beso a la linda señora y a los demás.

Llegamos a la casa y mamá se despidió de mi novio. Nosotros nos quedamos platicando en el corredor.

—¿Cómo te cayó mi familia?

—Superbien.

—Por lo visto les ganaste el corazón a la primera, no todas han tenido tanta suerte.

Yo volteé seria y lo miré como diciendo “a mí no me compares”. Él sonrió y dijo:

—No, amor, lo que pasa es que a muchas que han querido llegar a la casa a tratar de ganarse a mi mamá, los que las reciben son los perros —y nos reímos—. Nenita, yo sé que como tú no hay otra, para mí eres única, te amo, te quiero, ¿qué me diste que te quiero tanto? Eh, bruja, bruja —volvimos a sonreír—. ¿Por qué te fijaste en mí, habiendo tanto muchacho apuesto en la escuela?

—Amor, tus gestos, no sé... pero desde que te vi fuiste especial, pero me parecías algo imposible. Te quiero, te amo y te pido que por nada del mundo lo dudes.

—¿Te gustaría casarte conmigo algún día, y que viviéramos en el rancho en la sierra?

—Sí, Juan José, me encantaría llegar a ser algún día tu esposa y vivir donde tú quisieras, sólo estar a tu lado, y ¿por qué no?, darte hijos que se parecieran a ti y a mí —y me abrazó fuerte, muy fuerte.

De pronto se quedó muy serio. Le dije:

—¿Qué, amor, dije algo malo, cariño?

—No, nena, no, claro que no. Sólo que ya me tengo que ir.

—No es cierto —insistí—, te pusiste triste y me gustaría que me dijeras por qué.

—Te voy a contar algo muy doloroso para mí, pero no quiero que pienses que eso me afecta por la relación, sino por lo que sucedió. Tiempo atrás tuve una novia a la cual sus padres manejaban mucho. Ella un día decidió que ya no quería regresar a su casa, nos juntamos y tuvimos intimidad. Quedó embarazada muy rápido y sus papás no me aceptaban. La buscaron, le aconsejaron que abortara y a ella se le hizo fácil matar a mi hijo. Eso fue lo que más me dolió, ya que él no podía defenderse. Enfurecido por la noticia, la busqué y balaceé las puertas de su casa, por poco

y paro en la cárcel. Ese día juré no buscarla y olvidarme de ella, pero me lastimó saber que haber abortado había sido decisión de ella. Perdóname, nena. Sé que no tienes por qué escuchar esto, pero no pude evitar recordar ese trago amargo, y sentirme a la vez feliz porque sé que tú eres la muchacha indicada para llegar a ser algún día mi esposa. Te amo, nena, te quiero, no lo olvides. Gracias por quererme tanto, y eres correspondida, ya que te has metido muy adentro de mi corazón. Ahora sí, ya me voy, futura señora de Torres Carrión, ¿o no quieres llevar mis apellidos, eh? Porque son feos, nada que ver con los tuyos —y sonriendo me abrazó y nos besamos—. Te amo, hasta mañana.

Pasaron los días y mi padrino empezó a tener problemas en su negocio, pues eran más gastos y menos ganancias. Se atrasaron los pagos de los trabajadores y a mi novio no le agradaba la situación. Le gustaba la convivencia, pero él siempre buscaba sobresalir y, al parecer, sus papás le habían conseguido un empleo en la presidencia de Tatahuicapan, también de chofer.

Una tarde, con mucha tristeza en esos hermosos ojos que tenía, llegó a la casa y me dijo: “Nena, me voy a ir a vivir al rancho por el nuevo trabajo que me ofrecen, pero en cuanto pueda, vendré a verte. Sólo le pido a usted, madrina, que me dé permiso de pasar a ver a la nena, aunque sea un ratito cuando llegue aquí. Me sentí triste, él lo notó de inmediato y me dijo: “Oye, no quiero que pienses que ya te librate de mí, ¿eh? Lo que pasa es que tengo que empezar a juntar dinero para casarnos. Recuerda todo lo que hemos platicado. Tampoco quiero que esto afecte tus estudios, sólo vamos a estar distanciados por dos horas, pero vendré a verte seguido. Bueno, amor, tengo que irme, pero vendré para el 1 y 2 de noviembre para ir al panteón, ¿sí, nena?” Le dije que sí. “A ver, regálame una sonrisa —le sonreí—. Así está mejor, nena. No olvides que te quiero, cuídate.”

Yo me sentía tan triste, sin fuerzas, sin apoyo, sola y temía perderlo. Seguí con mi rutina, el quehacer de la casa, el CBTIS,

cuidar a mis hermanos y las prácticas profesionales. Llegó el 2 de noviembre y mi novio, puntual, había llegado a casa para ir al panteón a disfrutar de las fiestas de nuestros difuntos. Nos fuimos mamá, Juan José, mi hermano y yo. Ese día nos divertimos, nos la pasamos bien. Al llegar a casa, mamá se fue a su cuarto, y mi novio y yo nos quedamos a platicar. Nos abrazamos y me dijo lo mucho que me había extrañado, lo mucho que anhelaba verme. Me besó tiernamente y me dijo:

—Mi nena, me has hecho mucha falta. Te hice esto, espero que te guste.

Él había dibujado unos cerros, el de San Martín y Santa Martha, un camino que indicaba la distancia de Jaltipan a la sierra, y unos corazones, uno detrás de los cerros y otro en la ciudad, esos éramos él y yo. Me había encantado el dibujo y le di las gracias.

—Nena, te quiero, y quiero que me regales algo.

—¿Qué?

—Ese lunar que tienes junto a tu boca.

—Por supuesto que te lo regalo.

—¿Me lo regalas junto con un beso?

—Claro que sí.

Una vez más me dijo que me amaba, y yo, triste, le pregunté:

—¿Acaso tienes que irte mañana temprano? Dime que no, cariño.

—No, mañana me la voy a pasar contigo todo el día, ¿qué te parece? Espero no aburrirte, y si te aburro, me corres.

—Cómo crees, amor, te quiero tanto, nunca imaginé llegar a querer así. Tú también me haces mucha falta. Me siento muy triste ahora que no vives aquí.

—Nena, no quiero dejarte triste, prométeme que estarás bien, que vas a hacer como si estuviera aquí.

—Está bien, te lo prometo.

Llegó el día siguiente y él, temprano, llegó a casa y me dijo:

—Te lo prometí, aquí estoy, nena, ¿en qué quieres que te ayude?

Y mi mamá rápido dijo:

—¿Bueno, y si limpiamos el patio de atrás?

—Mamá —dije.

—Claro, suegra. Todo sea por estar aquí con mi nena, yo limpio todo el patio.

Limpiamos y barrimos, tiramos la basura y no desaprovechamos ocasiones para darnos un beso o para decirnos lo mucho que nos amábamos. Nos dieron las cinco de la tarde y me dijo: “Amor, voy a la casa a bañarme, y regreso para ir a comprar algo para cenar”. Regresó muy rápido. Sentía bonito con tantas atenciones y lo amable que era, pero pensar que se acercaba la hora en que se iría de nuevo a su trabajo, me hacía sentir triste. No me quedaba más que mostrar que estaba bien y aprovechar las horas que me quedaban para darle muchos besos, abrazarlo, acariciar su pelo y repetirle lo importante que era tenerlo a mi lado. A él le gustaba acariciar mi rostro, siempre me decía que le agradaba mi cabello.

Llegó la hora triste en la que se despedía: “Nos vemos pronto, se cuidan, y recuerda que te amo”, y nos dábamos un beso súper, súper de enamorados. Al día siguiente, la misma rutina. Lo que me distraía un poco eran las clases de pintura y, en ocasiones, iba a los aerobics, aunque a mi mamá no le gustaba, decía que eso eran loqueras de joven. En el CBTIS cada vez era mayor la presión, ya que estábamos a punto de terminar la carrera. Teníamos un sinfín de investigaciones y trabajos por realizar.

Un día platicué con una compañera de nombre Eloísa Bautista, y me dijo que vivía en la sierra de Tatahuicapan. Le comenté que ahí trabajaba mi novio, que era el chofer de la Presidencia. Dijo que sí lo había visto, me lo describió y acertó al físico de mi Juan José. La siguiente vez que nos vimos, le platicué a mi amor de Eloísa, y me dijo: “Sí, nena, la conozco de vista”. Y mi Juan José me seguía diciendo lo mucho que me amaba, que me extrañaba, y que esperaba el momento en que me vería. En esa ocasión me

dijo: “Te hice un dibujo. Bueno, dos; uno tuyo y uno mío”. Me entregó unas hojas con el dibujo de su rostro y del mío cuando nos veíamos, nos abrazábamos, nos besábamos. Él siempre quería tomarme de la mano, me la besaba, acariciaba mi rostro, me decía una y otra vez que yo era su nena, y me sentía muy halagada a su lado. Ya no me imaginaba la vida sin él.

Al otro día se fue y le dieron el día por una huelga que había en la Presidencia. Salió de cacería con su papá y su hermano. Ahí atrapó un tejón muy chiquito al que le habían matado a su mamá. Me comentó que se lo llevó al rancho donde estaba con su mamá y su papá, y el animalito lloraba. Lo cargó y se durmió con él en la hamaca. Al otro día seguían de huelga, y decidió, como a las seis de la tarde, venirse en bicicleta desde la sierra hasta la casa. Llegó casi a las once de la noche a la casa. Me extrañó que llamaran a la puerta, me asomé y vi que era él. Yo estaba estudiando para un examen, y le dije:

—Amor, qué sorpresa tan más grata.

—Te traigo un regalo que viene en mi espalda dentro de la mochila —la abrió y sacó al animalito, era el tejoncito; era un amor, aunque muy bravo, pues hacía por morderme—. ¿Te gusta o me lo llevo?

—Claro que me gusta.

—Cuando lo agarré y lo vi desprotegido dije: “A mi nena le va a gustar cuidar de él”, y no quise esperar a traértelo.

—¿Te viniste en la bici?

—Sí, no hay camión, tenía que verte, corazón —me dio un beso—.

¿Y mi madrina?

—Ahí está.

—¿Qué hace?

—Ay, amor, mejor no me preguntes.

—Está tomando, ¿verdad?

—Sí.

—Oye, voy a la casa y regreso a desvelarme contigo. ¿No está peleando mi madrina contigo, amor?

—No.

—Bueno, déjame paso y la saludo, y le pido permiso para regresar, aunque sea un ratito para platicar contigo.

—Sí, claro, amor.

Entró y saludó a mi mamá, ella le dijo:

—Hijo, ¿a qué hora llegaste?

—Vengo llegando. Me vine en la bici y necesito ir a la casa a bañarme. Pero antes que nada quería saludarte y pedirte permiso para regresar a platicar un ratito con la nena. Bueno, si todavía no te vas a dormir.

—Claro, regresa.

Mi mamá vio el tejoncito y le gustó, me dijo:

—¿Cómo le vas a llamar?

—*El Chiqui*—le contesté.

Juan José regresó ya cambiado y muy oloroso.

—Ahora sí, nena, deja te doy un abrazo y un beso.

—¿Quieres comer algo?

—¿Vas a comer conmigo? Si no, pues no.

—Está bien, amor.

Aún no lograba creer que él era mi novio; me encantaba. Era un muchacho de ojos hermosos, labios bien formados, cariñoso y amable. Me gustaba mucho estar con él, platicar; él me escuchaba y me orientaba, jamás me ofendió ni era grosero, siempre me respetó, era dulce y en todos sus planes a futuro iba incluida yo. Creo que, para la edad que tenía, él sabía qué pasaba. Yo enfrentaba el alcoholismo de mi madre, sus constantes agresiones y muchas otras cosas más, pero él con sus caricias, con sus palabras, me hacía sentir importante para alguien, que al menos él sí se interesaba en mí o por mí.

En una ocasión, más o menos por la fecha de mi cumpleaños, me acompañó a casa de mi abuela.

—Nena —me dijo—, quiero regalarte algo que mi mamá me dio y me dijo: “Este anillo debe ser para la muchacha que va a ser tu novia”.

Y de una bolsita de terciopelo negro sacó un anillo de oro con piedra roja. Me lo puso y me preguntó:

—¿Te gusta, nena?

—Sí, Juan José, está muy bonito.

Sentí algo como miedo, pero después de un momento nos besamos. Ese día comimos y en la tarde se fue. Me platicó que era muy probable que fueran a Jalapa, Veracruz, por asuntos de trabajo. “Bueno, amor, sólo cuídate”, le dije. Esa vez se demoró más de quince días sin regresar a verme. Había ocasiones en las que me decía mi mamá: “Vino Juan José, pero estabas en el CBTIS”, o que se lo encontraba por la carretera o en el centro. Hasta que un día llegó en la noche, ya tardecito. Salí y me abrazó, estaba algo seria. Me dijo:

—La nena está molesta conmigo. Amor, discúlpame, pero es que me traen de un lado a otro. Te prometo no volver a dejarte tanto tiempo, es más, ¿y si te llevo ahorita?

Yo me reí y le contesté:

—Cómo crees, amor.

—Sí, vámonos, te robo.

—No, amor, tú me conoces y sabes lo que pienso.

—Ya sé, mi nena, pero saliendo del CBTIS sí te vas a casar conmigo.

En ese momento salió mi mamá, y él, jugando, le dijo:

—Madrina, ya me voy a robar a tu hija.

—Estás loco.

—No, madrina, lo que quiero es casarme con ella y llevármela al rancho. Cuando me la lleve, vas a ver, no te la voy a prestar. Vamos a tener dos pelones, uno se va a parecer a la nena, y otro, a mí. Y no la voy a dejar que te visite, seré un señor muy serio.

A mi madre no le hizo gracia esa broma y se molestó. Me dijo muy seria:

—Hey, no te quedes aquí afuera, porque no tarda tu papá y sabes que no le gusta que estés en la calle. Me voy a acostar.

—Hasta mañana, madrina. No te creas, estoy jugando. Claro que sí la voy a dejar que te visite, y, mentira, no me la voy a robar, pero sí me quiero casar. Ya me voy, madrina, no te enojés. Estoy jugando.

—No, no estoy enojada.

Al día siguiente mi madre estaba molesta. De repente me dijo:

—Quiero que hables con Juan José y que termines con él. Sabes que por nada del mundo estoy pensando en que te cases ya, necesito que estudies para que el día de mañana apoyes a tus hermanos si ya no vivo.

—Mamá, pero yo lo quiero, y él sólo estaba bromeando, y por supuesto que no voy a dejar mis estudios.

—Sólo te digo que si no quieres que la siguiente vez que venga lo corra y lo deje en vergüenza, habla con él y termina de una vez con esta relación. Nunca contemplé que esto fuera tan serio, al punto de que se quisieran casar, pues tienes que seguir estudiando.

Aquí empezó mi gran sufrimiento. Lloré toda la tarde y la noche. Él significaba muchísimo para mí. Al otro día hice una carta donde le mandaba decir que mi mamá estaba molesta, que me había dicho que no lo quería ver en la casa. Le aconsejé que se esperara unos quince días mientras se le pasaba el coraje. Esa vez, Eloísa llevó la carta a manos de Juan José. Él desconfió y, al cabo de unos pocos días, llegó a la casa y preguntó por mí. Mamá fue a mi cuarto y me dijo: “Si sales, vas a ver el escándalo que te voy a hacer”. Matilde había abierto la puerta y, al momento que preguntó por mí, ella le dijo: “Ahorita le hablo”, mas mi mamá le gritó: “No está, dile que regrese más tarde”. Él se dio cuenta de que me negaron y pensó que quien no quería saber de él era yo. Esa vez me estaba arreglando para irme a mis prácticas profesionales, en Cosoleacaque, en el INEA. Antes de irme, mi mamá me advirtió: “Cuidado y me entero de que lo viste o te quedaste a platicar por ahí, porque ya me conoces”. Él, molesto, regresó unas dos horas después, cuando yo no estaba. Iba a dejar una carta para

mí, que me entregaron a mi regreso. Yo veía que mi mamá traía un sobre metido en un costado entre su falda y le dije:

—¿Y eso de quién es?

—Es tuya, pero quiero que comas y después te la doy, o mejor yo te la leo.

La carta decía que yo no había sabido valorar el amor de Juan José, y que estaba cansado, que si no había tenido el valor para decirle que la que no quería nada era yo, que nunca olvidara que él me amaba con todo su corazón. Cada vez que mi mamá se encontraba con las palabras “te amo”, “te quiero”, las encerraba, las palomeaba y se reía.

Al terminar de leerla, me dijo: “Lee aquí quién firma esta carta”. Vi su firma: decía Juan José Torres Carrión, por siempre a tus pies. No podía creer que aquello tan bonito ya hubiera terminado, no lo soportaba. Él me juzgaba por algo que no era cierto y, no obstante, daba por terminada nuestra relación. Ah sí, y también que ni me molestara en buscarlo y darle una explicación. Al escuchar y leer esta última parte, me fui a mi cuarto. Me encerré y lloré y lloré y lloré hasta no aguantar la vista. No lo creía. Esa noche quería tenerlo frente a mí para decirle tantas cosas, pero me molestaba que imaginara que yo tenía otra relación.

Al día siguiente fui al CBTIS, estaba muy triste y opté por hacerle una carta donde le decía que era poco hombre, que el cobarde era él por no tener los pantalones y los estos en su lugar para decirme cara a cara que terminábamos; que respetaría su decisión, aunque equivocada, pues lo que más me dolía era su desconfianza. Mi orgullo, en este caso, era más fuerte que todo el amor que le tenía.

Una vez más, Eloísa llevó mi carta hasta sus manos. Pasaron los días y ella me comentó que había visto a Juan José platicando con una muchacha.

—¿Sí?, qué bien, pues ya ni me acuerdo de él.

Un día, estando en la casa, llegó Juan, el otro novio de Gudelia, y empezó a hacerme plática. De repente llegó Juan José en una camioneta y me dijo:

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, gracias.

Con él andaba una muchacha gordita, con la cual me presentó como su novia; ella, muy desabridamente, me saludó.

—Oye, necesito platicar contigo —me dijo—, ¿dónde podemos vernos que no sea aquí en tu casa?

—No sé, dime tú.

—¿Te parece bien en el parque a las cuatro el sábado?

—Sí, claro, está bien.

—Por favor, no me quedes mal, te voy a estar esperando.

—Está bien.

Se acercó a darme un beso y volteé la cara. Me dio el beso en la mejilla. Antes de que se fuera le dije:

—Ah, espérame, Juan José, yo también quiero presentarte a alguien —salió Juan y le dio la mano—, es mi amigo Juan.

—Yo a ti te conozco, al parecer trabajamos antes en el taller de Lalo.

—Creo que sí, pero no me acuerdo. Mucho gusto, y nos vemos, nena, te espero, no faltes. Me voy a dejar a la secretaria de Sedesol a Texistepec.

—Ándale, que te vaya bien.

Llegó el sábado y dije: “No voy a ir, por mí, que se quede esperando”. Como a las cinco y media, llegó a la casa. Tocó y abrí la puerta.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien.

Me pidió un vaso de agua y le preparé agua de limón. Mi madre lo saludó muy bien, como si nada.

—¿Por qué no fuiste a mi cita? —me preguntó.

—Porque si tú ya dijiste hasta la última palabra, creo que no hay nada de qué hablar. Te amo, y siempre te voy a amar, pero no pienso regresar contigo. Me lastimaste, no confiaste en mí. Es lo que más me duele.

—Está bien, ¿eso es lo que en verdad piensas?

—No, eso fue lo que tú quisiste, tú lo decidiste. No me dejaste alternativa ni siquiera para opinar, eso pienso.

—Bueno, entonces me voy. Sólo te pido que te cuides y que no olvides nunca lo mucho que te amo.

—Igual tú, no olvides que te amo, bueno, si no es que lo dudas.

Y se marchó. A partir de ahí todo para mí se había desmoronado, se había roto. Estaba muy herida, me hacía miles de ideas en la cabeza. Cada día que pasaba lo vivía con esperanza de topármelo o verlo de lejos, soñaba con volver a besarlo, acariciarlo, tenerlo cerca. Día con día sentía amarlo más y más. Mis noches eran tan tristes, por todo lloraba, me sentía sola, sin fuerzas, me refugiaba en los libros, en una libreta escribía miles y miles de cartas, pensamientos. Me hacía mucha falta.

Al cabo de un mes exactamente, me llegó la noticia, a través de su padrino, de que él andaba en preparativos de boda. Su novia era una licenciada, y se había demorado con ellos de visita. Ya todos conocían a la susodicha y, al enterarme de eso, me hice la desinteresada, aunque por dentro sentía que algo me destrozaba el alma. Al llegar a casa sólo quería encerrarme a llorar y llorar por él. Ya casi concluía mis prácticas profesionales, y por nada tenía un pie fuera del CBTIS. En la casa todo continuaba igual, mamá con el mismo problema; entre más pasaban los días, ella más tomaba. ¡Qué falta me hacía Juan José a mi lado!, lo necesitaba tanto. Se había ido mi fortaleza, mi apoyo, mi todo. Se había llevado consigo mi propia vida. Aún no entiendo por qué se detuvo o se desvió mi vida por un camino que yo no quería. Hay momentos en que pienso que todo hubiera sido diferente si él y yo nos hubiéramos casado, si todo hubiera sido como un día lo imaginamos. Lo que más me dolía era que me hubiera olvidado en tan poco tiempo. Sólo pensarlo me hacía llenarme de dolor, pues yo sentía que apenas empezaba mi gran desilusión de amor.

El primer rumor de su futura y muy próxima boda era un hecho. El segundo rumor fue cuando una compañera del INEA

me dijo: “Te vino a buscar una muchacha de nombre Laura, quería dejarte una invitación, pero dijo que mejor volvía luego”. Entonces, otra compañera dijo: “Es una chava que anteriormente instruía a personal adulto aquí, incluso tengo una foto y su papelería”. Me acerqué a ver si la conocía, y ¿qué creen? Era la chava que había llevado a mi casa, con la que me había presentado como su novia. Ahí entendí qué tan chiquito era el mundo. Me molestó y me imaginé lo peor de ella. Le dije a mi amiga: “¿Viene a burlarse de mí o él la mandaría? ¿A qué quiere que juguemos? Si se van a casar, les deseo toda la dicha, pero que conmigo no se meta, porque si me busca, me va a encontrar”.

Pasaron los días. Mi hermana Perla llegó de visita y yo me encontraba muy triste, pero trataba de seguir adelante. Ante mi familia, hacía como que todo estaba bien. Mi hermana tenía ganas de ir al parque, pues así como mi vida ya era otra, la suya también. Estaba recién casada con un bebé de meses. Nos fuimos al parque y la pasamos súper. Mamá se había quedado en la casa como siempre, tomando. Mi hermana y yo decidimos regresar. Al llegar, tocamos el portón y mamá salió a abrir, interponiéndose en mi camino. Me dijo:

—Ahí adentro está *Chuster*, vino con su novia a invitarnos a su boda. No quiero que te vayas a portar grosera, ¿oíste? Les hice de cenar y, ya sabes, tú como si nada.

—Ay, ya, mamá.

Entré a la casa. Yo llevaba a mi sobrina en brazos. Les di las buenas noches y, con una sonrisa en el rostro, me contestaron:

—Buenas noches.

—Permítanme, ahorita los saludo. Mi sobrina viene dormida.

Entré derecho hasta el cuarto y recosté a mi sobrina. Regresé a la cocina y fui directo hacia él.

—¿Cómo estás, nena?

—Bien, oye, qué bien te ha ido, estás más gordito ¿eh? —y le toqué la panza.

De pronto, se levantó Laura, lo abrazó y me dijo:

—Pues mira, el motivo de nuestra visita...

—Pero siéntense, por favor, sigan comiendo.

—... pues venimos a invitarte a nuestra boda.

—Sí, ¿y cuándo es la boda?

Y nos entregó una invitación. Juan José estaba muy serio, ni siquiera había comido lo que mi mamá les había preparado. Se me quedó mirando y me dijo:

—¿Cómo vas en la escuela?

—Muy bien, de hecho, casi estamos en lo de la ceremonia de graduación.

—Qué bien por ti, me alegra —y se levantó—. Creo que ya nos vamos, todavía vamos a casa de mi tía.

—Está bien, los acompaño al portón.

Al abrir, ellos se encaminaron y de repente pasó Juan, el novio de Gudelia, y me dijo adiós. Le grité:

—Juan, Juan, ven —y Juan José volteó.

—¿Me hablas a mí? —me dijo.

—No, a ti no, al otro Juan.

Y vi que Juan se acercó y se volvió con la cara muy triste. Lo sentía muy aislado de la situación, como que no creía lo que estaba pasando; en un dos por tres éramos unos desconocidos. Ese día, cuando ya me había más que asegurado de que era un hecho su boda, aunque me dolía mucho, traté de hacerme a la idea y me dije: “Sé que no fallé, y sé que lo amo con toda mi alma, que él también me amó, y presiento que aún me ama. No sé qué pase, pero sé que lo he perdido y que no volveremos”.

Esa vez que llamé a Juan platicué un rato con él, me dijo:

—Oye, ¿que ese no es tu chavo?

—No, ya no. ¿Vas a ver a Gudelia?

—No, de hecho ya no andamos. Me disgusté con ella por unas cosas y he decidido no buscarla.

Y me contó muchas cosas, me pidió consejo, pues me daba a entender que estaba muy tranquila aun cuando también vivía una desilusión. Sólo le sonreía, aunque por dentro me estuviera mu-

riendo de dolor, de rabia, de impotencia, al no poder detener al amor de mi vida. En menos de una semana, él no sería ya el novio de Laura, sino su esposo, alguien prohibido para mí. Sólo le dije a Juan:

—Mira, en lo poco que te he tratado, eres un muchacho noble y de buenos sentimientos. Gudelia es mi amiga y sé que tiene su novio, como también tú lo sabes. Habla bien con ella, a lo mejor eres tú de quien está enamorada, platica, pero sal de tu duda tú mismo.

—Tienes razón, voy a platicar con ella. Y, la verdad, te admiro.

—No quiero que me admires, porque, aunque no lo creas, he dejado ir a Juan José porque quiero que sea feliz. Él eligió ser feliz con ella, le deseo lo mejor; sólo me queda seguir adelante.

De pronto salió mi mamá y me dijo:

—Hija, ya métete, ¿con quién platicas? Dile a tu amigo que pase.

—No, ya se va.

Estaba tomada, y no quería que por nada del mundo se fueran a burlar de ella. Mejor me despedí.

Al día siguiente mi mamá se fue a Minatitlán. Casi todo el día mi hermano anduvo con mi papá, y yo iba a estar prácticamente sola. Tuve tiempo de llorarle a moco tendido a mi ex novio; sentía tanto, tanto que Laura fuera la que ocupara mi lugar... Salí a barrer la banqueta y pasó un conocido de unos microbuses que vivía justamente a un lado de casa de Juan José.

—Hola, Kari.

—Hola.

—¿Y aquél? Ya tiene mucho que no lo veo, ¿ya no está viviendo aquí, verdad?

—No, ya no.

—Ah, pues me lo saludas cuando lo veas.

—Claro.

Entré a la casa y no pude evitar ponerme a llorar. Decidí ir a cortarme el cabello. Al regresar, me bañé y me acosté en la hamaca a escuchar música. Más tarde llegó mi mamá y me dijo:

—El niño tiene sueño, y creo que también me voy a acostar. Me ando sintiendo un poco mal, no te salgas, eh. Esperas a Arcadio (el taxista) y le dices que nos va a llevar a cenar tacos.

—Sí, mamá, yo le digo y te hablo.

De repente, a pesar de la música, escuché que silbaba un carro afuera. Salí a asomarme. Era nada más que Juan José y otro muchacho.

—Hola —me dijo.

—Hola.

—Necesito hablar contigo.

—¿Otra vez? ¿Ahora qué? ¿Se te olvidó anotarme el número de personas que me pueden acompañar a tu boda?

—No, necesito explicarte algo.

—No quiero explicaciones, no te las estoy pidiendo.

—Es que yo te amo.

—Por favor Juan José —y sonreí irónicamente—, no digas tonterías a unos días o semanas de tu boda.

—¿Sabes qué? No quiero verte con nadie, ni en el centro, porque no sé de qué sería capaz.

—Mira, mejor vete —volví a sonreír—. Y no te puedo decir que te olvides de mí, porque sé que ya lo hiciste, puesto que estás comprometido para casarte. En cuanto a mí, no tengo compromiso alguno, y lo menos que quiero ahorita es iniciar una relación, puesto que yo sí te amo y no creo olvidarme de ti mañana o pasado, así que adiós. Y me metí a la casa.

El día de mi graduación llegó. Gracias a Dios estaba ahí, lejos de tanto problema, pasando una meta más de mi vida. Me recibí de la carrera como técnica en Informática Administrativa. La ceremonia de graduación era en el Auditorio municipal. En esa ocasión, el director del CBTIS me dijo:

—¿Quiénes de su familia están aquí?

—No, pues nadie pudo venir.

—Pues no sé cómo le va a hacer —me dijo muy serio—, pero necesito a su papá o a su mamá para felicitarlos, así que vaya y localícelos.

Hablé a casa de mi tía, le pedí que buscara a mi papá y que le dijera que lo esperaba en el Auditorio. No tardó. No pensé en avisarle a mi mamá, porque ya conocía que a ella esos mitotes le aburrían. Se acercó el director y me dijo:

—¿Qué pasó, Karina?

—Ya viene en camino.

La ceremonia se inició. Fueron nombrando a los alumnos uno a uno, hasta que llegó mi turno. El director invitó a pasar también a mi padre, ya que me entregaban un diploma por buena alumna en todos los semestres, y lo felicitó. Casi casi se veía como un pavo, bien esponjado. Le dio gusto escuchar muy buenas noticias acerca de mí. Terminó la ceremonia y nos tomamos fotos con la mayoría de los profesores; yo, en particular con el de Física y Química, con el doctor Ovando y con el director. Salimos de ahí y mi papá me dijo:

—¿Ahora qué vas a hacer?

—Seguir estudiando.

—Hija, necesito que agarres una carrera corta, ya que no creo poder apoyarte con una carrera larga o muy costosa.

—Papá, en las prácticas me invitaron a trabajar con ellos, y ya me van a empezar a pagar. Sé que es poquito, pero voy a tratar de entrar a un curso de computación, ¿te parece?

—Está bien, entonces mañana te espero para ir a Mina y buscar lo más adecuado.

—Está bien, papá.

Llegué a casa y mamá me había preparado una comida a la que había invitado a mi padrino. Comimos y platicamos un rato, pues tenía que cambiarme para ir al trabajo al INEA, donde había hecho mis prácticas. Ahora era la auxiliar del Departamento de Informática. Ese día estrené un vestido rosa holgado, unas zapatillas

muy altas negras y unos aretes de brillantitos hermosos. Me sentía muy bien arreglada y la mayoría de los muchachos me decían piropos. A pesar de que estaba gordita, tenía mi “pegue”. Mis funciones eran fáciles: capturar datos, archivar, revisar exámenes de adultos, aplicar exámenes en distintas comunidades, acompañar en los recorridos a los diferentes lugares rurales a entregar certificados.

En una ocasión me dijeron que iríamos a la entrega de certificados a la sierra. El licenciado Miguel Cadena nos dijo: “Las quiero presentables, de zapatillas. Sé que vamos a zonas rurales, pero el licenciado Edel Álvarez Peña —que en este momento tenía un puesto importante en el gobierno de Veracruz— nos acompañará”. Rápidamente se vino a mi mente encontrar a Juan José. Nos fuimos a la sierra, bien arregladas, y se entregaron los certificados. El licenciado Edel nos invitó a una mariscada a Jicacal, una playa hermosa, donde comimos y platicamos a todo dar. El licenciado optó por irse en lancha hasta Coatzacoalcos, ya que tenía otros asuntos. Se despidió y tuvimos que regresar. Pasamos por Tatahuicapan, y el licenciado se detuvo a dejar unos papeles en la Presidencia. Mi amiga Melo y yo íbamos con él. Mientras Melo se fue a la tienda, me quedé observando el pueblo en el que posiblemente hubiera vivido. De repente, Juan José venía hacia mí y me dijo muy admirado:

—Nena, ¿qué andas haciendo aquí?

—Estoy esperando al licenciado Miguel, ando en plan de trabajo —yo tenía un refresco en la mano.

—¿No me das refresco?

—No, qué tal que se enoja tu futura esposa.

—¿Y si te llevo a tu casa? Necesito que platiquemos, sólo deja que entregue estos papeles y te llevo.

Y se fue sin que le dijera sí o no. Regresaron el licenciado y mi amiga Melo. Entonces me dijo:

—¿Qué quiere tu ex?

—Nada, sólo me saludaba.

—Ya nos vamos.

—Sí, vámonos.

Nos fuimos y ya no supe de él. Por otro lado, Juan me buscaba mucho para platicar de Gude, de él, de mí; ellos ya no estaban juntos. A Gude le empezó a molestar la amistad entre Juan y yo, incluso muchas veces yo le decía a Juan:

—Si quieres, dile a Gude que se pueden ver aquí, en mi casa, para que platicuen.

—No, eso ya terminó. Y ¿sabes?, hace días quiero decirte muchas cosas.

—A ver, dime.

—Mira, sé que hemos platicado muy poco, pero hace días me di cuenta de que Gudelia ya no me interesa. Y si ahora llego aquí a platicar contigo de tu amiga, es sólo mi pretexto, pues a la que quiero ver es a ti. Me gustas. Lo peor es que ya platiqué con tu amiga y se lo confesé.

Yo estaba superanonadada, me había quedado sin habla.

—Mira, Juan, te agradezco que hayas puesto tus ojos en mí, pero aún sigo enamorada de Juan José. Me gusta platicar contigo, y lo único que puedo hacer es hablarte con la verdad. En cuanto a Gudelia, ella ya no es la misma conmigo, me habla cuando quiere y ahora entiendo por qué actúa así.

Sin darnos cuenta, Gudelia iba pasando por la acera de enfrente. Le hablé:

—¡Gude, ven!

—¿Qué pasó?

—Ven —se acercó.

—Hazle caso a Juan, es buen chico. Por mí no te preocupes, que no pasa nada —acentuó de forma irónica.

—Gudelia, tú sabes muy bien por lo que estoy pasando y conoces muy bien mis sentimientos.

—Pues, como dicen, un clavo saca otro clavo.

—No pensamos igual. Yo le he hablado con la verdad a Juan y lo que menos quiero es jugar con sus sentimientos. Aún estoy muy dolida por el amor de Juan José, lo amo y no sé si algún día pueda olvidarme de él.

Gudelia se despidió y Juan me dijo:

—Sólo te pido que me permitas ser tu amigo, aunque sea.

—Claro, como amigos acepto una relación.

En el INEA me llegó mi primer pago y fui a inscribirme a la Universidad del Golfo; me apunté en el sistema abierto, donde las clases eran sábados y domingos. Quise darle la sorpresa a mi mamá, pero la sorpresa me la llevé yo, pues al platicarle que ya me había inscrito y pagado, ella me dijo: “Pues mañana vamos y pides que te devuelvan lo de la inscripción. Tu tío Cirilo ya te inscribió en la Universidad del Ceunico —que era de paga—. Vas a estudiar de lunes a viernes y tendrás transporte particular, va incluido en la mensualidad. El lunes empiezas tus clases, y tendrás que dejar el trabajo”. No me parecía la idea, pero no podía desperdiciar la oportunidad que mi tío me ofrecía. Él era viudo, con una hija adoptiva, y de muy buena posición. Era el que tenía los doce carros de pasaje con quien mamá trabajaba.

Por otra parte, no quería hacer sentir mal a mi papá con lo que él me ofrecía, la carrera corta, y decidí estudiar computación e inglés en Minatitlán los sábados. De lunes a jueves iba a la universidad, de siete de la mañana a tres de la tarde, y los domingos, en las mañanas, estudiaba pintura. Para mi suerte, decidieron cambiar la subdelegación del INEA a Minatitlán, y fue un muy buen pretexto para presentar mi renuncia. Un día antes de que se cambiaran, recibí una llamada telefónica, y adivinen quién era. Sí, Juan José, el amor de mi vida.

—Bueno, ¿quién habla?

—Nena, necesito hablar contigo. Te juro que será la última vez que te busque. Si después de escuchar lo que tengo que decir no cambias de opinión, te juro que no te vuelvo a buscar.

—¿Dónde estás?

—En Tatahuicapan.

—Mira, son las cinco y media y yo me voy de aquí a las seis. Si crees que puedes llegar a las seis, ni un minuto más, ni un minuto menos, está bien. Si no llegas, ni modo.

—Llego y platicamos. Mañana es mi boda, y si tú me lo pides, no me caso y lo suspendo. Aún te amo.

—Te espero, no te pases de las seis. Si por algo no llegaras, te deseo que seas muy feliz; nunca olvides que eres el amor de mi vida y que nunca dejaré de amarte, pase lo que pase.

Dieron las cinco cincuenta y cinco y opté por no esperar. Muy a tiempo se iba el licenciado Miguel y ofreció llevarnos a Me-lo y a mí, y nos fuimos, no lo esperé. Había otros rumores sobre el porqué de tanta prisa por la dichosa boda, al parecer la Laura estaba esperando un bebé de Juan José. Al saber eso, decidí hacerme más a la orilla y dejar lo que tenía que ocurrir, su boda, no interferir en los planes.

Ellos se casaron y se fueron a vivir a Tatahuicapan, fue lo último que supe. Yo renuncié, empecé las clases en la universidad, conocí nuevos profesores y muchos compañeros. Entre los que recuerdo cuando entré a primer semestre estaban: Gloria, Oric, Eolen, Juan Carlos, Wuayorly, Ayme, Herlinda, Ubaldo, Marvela, Jeny, Adriana, Román y Vianey Xolo. El camión de la universidad venía desde Acayucan y sólo paraba en Jaltipan, donde subíamos Román, Adriana, Vianey y yo; y en Cosoleacaque, por Edith y otra compañera, desde ahí llegaba directo hasta el centro de Coatzacoalcos.

El amor de mi vida

La universidad era de cinco pisos, con una sola entrada y una sola salida. En el primer semestre eran tantos alumnos que iban dos

autobuses, uno tras de otro, y por lo regular yo siempre viajaba en uno de color blanco, ya que siempre llevaban buena música y era muy cómodo, y también porque en la mitad de atrás del autobús iban todos los de mi especialidad. Ahora la carrera que cursaba era la Licenciatura en Informática Administrativa. Por lo regular, siempre llevaban puesta música pop, Alejandro Sanz, Paulina Rubio, Thalía, y puras canciones que estaban de moda. Había ocasiones en las que, cuando iba en el autobús, en la desviación de Oteapan me topaba con Juan José o lo veía. En muchas ocasiones él me vio. Me saludaba y a lo lejos me reconocía, yo sacaba la mano y le decía adiós. A veces nos cruzábamos en la carretera, en topes o en cruces. Él ya conocía el autobús, y me sentía feliz cuando me saludaba o me decía adiós. También registraba, en una tarjeta azul que él me había dado de la Presidencia de Tatahuicapan, la fecha en que lo veía y, nuevamente, miren qué chiquito era el mundo, me hice muy amiga de Vianey Xolo, quien tenía una tía de nombre Gema, esposa de un amigo y compañero de trabajo de una gasera para la que Juan José había trabajado. Y, aunque ya no iba al INEA, apoyaba al licenciado Miguel en la revisión de exámenes o a pasar calificaciones. Un día Vianey vio un examen de un alumno de Tatahuicapan y me dijo:

—¿Conoces este lugar?

—Sí.

—Fíjate que ayer fuimos a este lugar, acompañé a mi tía Gema, pues ahí vive uno de los testigos.

—¿Sí? ¿Y cómo se llama el muchacho?

—Juan José y, por cierto, ahí estaba la esposa. Se nota que no se pueden ni ver, él la estaba regañando porque no había limpiado...

—Oye, ¿el muchacho no es uno de ojos muy bonitos, y la muchacha, de casualidad, no es de pelo corto y blanquita?

—Sí.

—Pues él es el novio de quien te platiqué.

—De hecho, va a ser testigo y tiene que rendir una declaración aquí, en Coatzacoalcos.

Me quedé pensando, cómo no me lo topaba aquí. A pesar de que trataba de mantenerme ocupada para no pensar en él, lo seguía amando, y me gustaba mucho escuchar la canción de la *Mentira* de Vicente Fernández. Por más que trataba de olvidarlo, sentía amarlo día a día, e incluso empezaba a enfermarme o a entrar en una depresión; lo extrañaba.

Una noche él llegó a mi casa. Yo me encontraba en la banqueta, se detuvo y me dijo:

—¿Qué haces aquí?

—Nada —yo lloraba.

—¿Quieres platicar?

—¿Y si te regañan?

—Nena, me haces falta, no he podido olvidarte.

—¿Tú crees que yo ya te olvidé? No, Juan José, te amo, y no sé por qué no puedo dejar de pensar en ti, sigues dentro de mi corazón; te amo y por siempre te amaré.

—Perdóname, tal vez no debí detenerme, pero siento la necesidad de llegar y verte para seguir y aguantar. ¿Sabes? Laura por todo te alucina y me presiona; adonde ando, ella quiere andar. Perdóname, sé que no tengo por qué platicarte de esto, pero te amo.

Y me besó como cuando éramos novios, con tal pasión y tal deseo, que no podía decir que no, era lo que más deseaba y anhelaba, probar sus labios. “Me voy, recuerda que te quiero, no lo olvides nunca.” En muchas ocasiones tuvimos que toparnos Juan José, Laura y yo. Al momento trataba de esquivarlos, pero él me gritaba o me seguía en la camioneta; se olvidaba de que su esposa era quien lo acompañaba. Se orillaba, bajaba de la camioneta, me daba un beso en la mejilla y siempre me preguntaba cómo estaba. Yo trataba de ser cordial, saludaba a Laura, pero ella sólo me saludaba por compromiso.

Pasaron los meses y Laura se alivió; les perdí el rastro por un buen tiempo. Ella le había dado una hija, yo me deprimí más. Sólo

quería llorar, quería verlo. En muchas ocasiones le reproché a Dios por haberme quitado su amor, no lo superaba. Le perdí la pista, eso me dolía; lo único que me mantenía fuerte eran mis estudios, dibujar. Cada vez que me topaba con ellos, ella preguntaba: “¿Sigues estudiando?”, y yo le decía: “Sí, por supuesto”. Lo que más me sorprendía era cuando Juan José me veía y buscaba la forma de abrazarme y darme un beso, aunque fuera en la mejilla, y cuando me encontraba a solas, me besaba como si aún fuéramos novios.

En una ocasión, como por el mes de noviembre, casi a un año de haber terminado, llegó la fiesta de los fieles difuntos. Esa vez tuve una fiesta en la universidad, y mi mamá me había hecho un traje sastre, pero muy juvenil, todo negro, para simular a Morticia, ya que era de disfraces. Mamá me había dicho que nos veíamos en el panteón cuando regresara de la fiesta. Me arreglé, me delineé muy bien los ojos, me extendí el cabello. Fui a la fiesta y me divertí mucho. De regreso, estaba por ingresar en el panteón, y casi en la entrada estaba, nada más y nada menos, que el amor de mi vida, Juan José Torres Carrión, acompañado de sus papás, sus abuelos, hermanos, su esposa y, por cierto, él cargaba a su hermosa bebé. Me voltearon a ver. Su mamá dijo:

—Hola, preciosa, qué milagro.

Me acerqué rápidamente y saludé a la señora, a su papá, a sus abuelos, a él y a su esposa. Le pregunté:

—Y esta bebé, ¿es tu nena?

—Sí, mira.

—Está hermosa, se parece a ti.

Le pedí que me dejara cargarla. En menos de un segundo se acercó Laura y me la pidió. El papá de Juan José me dijo:

—Ven, siéntate un ratito con nosotros. Cuéntanos qué has hecho.

—Sólo me he dedicado a estudiar, voy a la universidad... —e intervenía Juan José: “Estás en Coatzacoalcos”, y continuaba yo—: ...también estudio computación e inglés —“en Minatitlán ¿verdad?”, decía Juan José—. Y sigo en el curso de pintura.

—¿Y has pintado más cuadros, nena? —dijo Juan José.

—Sí, muchos. Incluso hacemos exposiciones y pintamos en la plaza.

—Qué bueno, hija, que estés bien —me dijo la señora.

—Oye, hermosura, a ver cuándo vas a visitarnos a nosotros, eh —me dijeron sus abuelos.

—Sí, claro, un ratito de estos.

Y me di cuenta de lo incómoda que estaba Laura, pues al parecer Juan José estaba más informado de dónde estaba estudiando, no esperaba a que les platicara, él quería confirmar si estaba bien informado de lo que era mi vida. Decidí despedirme de todos y me retiré.

Ese día estaba yo feliz de pensar en la forma en que me hablaba. Algo me decía que aún me amaba, aunque en ocasiones mi madre me dijera: “Pues no te quiso. Si te hubiera querido, no hubiera preñado a esa vieja ni tampoco se hubiera casado; sólo jugó contigo”. Eso me dolía mucho, me hacía pensar miles y miles de veces que me había traicionado, y que sólo yo me había entregado plenamente a quererlo y amarlo.

Nuestro noviazgo había sido transparente, claro, limpio, sin malicia, con el más puro de los amores suyo y mío. No sé por qué llegué a amarlo con tanta intensidad y no podía hacerme a la idea de que lo había perdido. Al encontrarnos de vez en cuando, nuestro amor o el sentimiento flotaba y salía a piel; tanto a él como a mí nos valía, nos saludábamos de beso en la boca siempre y cuando no anduviéramos acompañados. “Te amo”, lo repetía una y otra vez. Cada vez que teníamos oportunidad, nos decíamos lo mucho que nos amábamos sin importarme que él fuera un hombre prohibido, aunque sabía que tenía que olvidarlo, que no debía pensar en él ni seguir alimentando esperanzas, pues conocía la verdadera realidad: que él ya no era mío.

En una ocasión fue a la casa y yo había discutido con mi madre. Estresada con tantos problemas, llena de ira por cuanto me pasaba, me salí molesta y me recargué llorando en un poste de

luz. Quería reclamar por qué nada más a mí me sucedían tantos problemas y, de repente, vi que venía un carro negro en sentido contrario. Vi los escudos pintados en las puertas, eran de la Presidencia de Tatahuicapan. Se estacionó casi en frente de mí, bajó el vidrio y me dijo:

—¿Qué haces aquí afuera?

Moví la cabeza diciendo que nada. Salieron mi primo Josué y mi hermanito; ellos le hablaban bien, eran unos niños, y me dijo:

—Sube, acompáñame, no ando solo. Voy a dejar a una secretaria a Texistepec —e invitó a mi primo y a mi hermano.

Nos subimos en la parte trasera y él me presentó nuevamente como su novia. La señora que lo acompañaba ya era grande. Llegamos a Texistepec, se bajó la secretaria y se despidió de él.

—Pásate al asiento de adelante —y me pasé—. ¿No me vas a saludar?

—Tú tampoco me saludaste.

—Pues te vi muy seria —y me dio un beso—. ¿A dónde quieres ir?

—No sé.

—¿Y si vistamos a doña Quintiliana?

Era una señora amiga de mi mamá, que nos conocía muy bien y nos había tratado cuando éramos novios; se me hizo fácil decirle que sí. Al parecer, estaba enfermita. Llegamos y ahí estaba Rosa, una prima lejana de mi mamá:

—¿Qué andas haciendo por acá? —me dijo.

—Pásenle, muchachos —dijo la señora Quintiliana—, qué bueno que vienen a verme y, sobre todo, que siguen de novios. ¿Cuándo se casan?

Y el Juan José respondió:

—Pues ella no quiere, pero creo que pronto.

—Sí, hija, ¿no te decides o qué? Porque a este muchacho se le ve el amor en sus ojos y te quiere mucho.

Rosa sabía que ya habíamos terminado, pero también que yo lo amaba con todo mi corazón, y prefirió quedarse callada y dejar

a su suegra entusiasmada, pues estaba delicada de salud y nos apreciaba sinceramente. La abracé y le dije que no se preocupara, que pronto nos casaríamos, y que ella sería la primera en tener la invitación a nuestra boda. Soñar no me costaba, y menos si se trataba de hacer sentir bien a alguien que era especial para nosotros. Nos despedimos. Juan José me dijo:

—Discúlpame, lo menos que quiero es hacerte sentir mal.

—No te preocupes, yo tuve que hacer lo mismo. Qué bueno fuera que aún existiera nuestra relación y que esas mentiras fueran verdad. Lo que no es mentira es que te amo y que te quiero.

—Yo también te amo, perdóname —acarició mi mano y me dio un fuerte apretón.

En la carretera había un embotellamiento, pues había ocurrido un accidente. Mi primo y mi hermano venían juegue y juegue. Juan José me empezó a decir:

—No sabes cuánta falta me has hecho, ya tenía ganas de besar tus labios, de tocar tu rostro, de decirte lo mucho que te amo. Sé que la regué, que me dejé llevar por la ira. Me cegué pensando que eran pretextos tuyos y te perdí. Perdóname, no quería esto, y me duele, me duele, chingaos, no estar en estos momentos. Yo tenía que haber terminado con ese problema que vives a causa de tu mamá, pero también me alejé porque ella me dijo que yo era poca cosa para ti. Perdóname, nena, te juro que todo esto también lo estoy pagando caro, no soy feliz.

Llegamos a Jáltipan y nos llevó a comprar a una tienda. Se estacionó en el parquecito de una colonia retirada. Bajaron mi hermano y mi primo, y les dijo:

—Jueguen mientras ella y yo platicamos.

Nos sentamos en una banca.

—Te amo, déjame besarte —y nos dimos el beso tan deseado por los dos—. ¿Qué piensas de todo esto?

—Pues sé que está mal que salga con un hombre casado. Te amo, me haces muchísima falta, pero de una vez por todas ten en

cuenta que no estoy dispuesta a ser plato de segunda mesa, y que a lo mejor ésta es la última vez que nos vemos.

—¿Me dejas recostarme? —y puso su cabeza sobre mis piernas—. Hazme piojito, ándale, como cuando éramos novios.

—Nada más los recuerdos quedan, ¿verdad?

—Abrazame fuerte, lo más fuerte que puedas, necesito sentir que me amas.

—¿Sabes qué? Llévanos a casa ya, no sé qué hora es.

—Es la una de la mañana.

—¿Qué? Mi mamá nos va a matar.

—¿Quieres que le diga que te invité a un viaje?

—No, no, olvídalo.

—¿Sabes? A tu lado el tiempo se me va volando, y lo que más quisiera es que no avanzara para que no te fueras de mi lado y no tener que dejarte ni regresar a la realidad. ¿Sabes, nena? Éste es uno de los mejores días en mucho tiempo, me hacía falta saber de ti, besarte, contarte todo esto y confesarte que me arrepiento de muchas cosas, menos de mi hija; ella me hace sentir bien.

Y nos llevó a casa de mi mamá; ya estaba dormida. Se despidió de mí dándome un beso y diciéndome una vez más lo mucho que me amaba. Opté por ya no decir nada, sólo adiós, y me metí a la casa. Esa vez perdí contacto nuevamente con él por varios meses.

En una ocasión pasamos por la casa del abuelo Vidal y su esposa, la abuela Cheva, que eran unos amores conmigo. Me gustaba visitarlos, pues me daban muchos consejos, la mayoría muy buenos, y casi siempre comía con ellos cuando los visitaba. El abuelo, en ocasiones, me cantaba con su jarana, y me componía versos como:

Karina, yo quiero curar
esa tristeza que tienes
en tu alma diciéndote que
mi nieto, Juan José, también
te quiere y te ama.

Y un sinfín de cosas así. Me animaba y me decía que no perdiera la esperanza, que a lo mejor más adelante la vida nos brindaba otra oportunidad, que la compañera que tenía no lo valoraba, que tenían problemas. Yo me sentía bien platicando con sus abuelos y los frecuentaba mucho, como que me resistía a alejarme de la familia.

Conocí a una tía de Juan José que me pidió que fuera madrina de sus hijos, y así me metía más de lleno a la familia. En cierta ocasión pasaba por el domicilio de Juan José, y me gritó Claudia, su cuñada. Me acerqué y me enseñó a la niña de Juan José, que ya tenía un año y meses. Claudia me dio una foto y me platicó que hacía prácticamente un mes que Juan José se había ido a Ciudad Juárez junto con su mujer y habían dejado a la niña con la mamá de Juan José.

Ese día me sentía supermal, ultramegamal, sólo pensé en irme a casa y hacer como que nada pasaba, aunque por dentro estaba destrozada. No imaginaba, no entendía cómo serían ahora nuestras vidas, pues anteriormente me conformaba con verlo. Me hacía sentir bien ver a su hija, jugar con ella me ayudó; sin embargo, al parecer Laura se enteró de que yo visitaba a la madre de Juan José o a sus abuelos, y supe que le molestaba y vino a buscar a su hija, de manera que ahora ya era un hecho, él ya no estaba, ya no me lo encontraría y cuánto lo lamentaba.

Me dieron su teléfono y le hablé en dos ocasiones, en una me contestó y me invitó a que lo alcanzara en Juárez, sólo que volvimos a perder comunicación. No verlo ni saber de él, amarlo con la fuerza que lo amaba, me hizo sentir una soledad muy grande. Todas las noches lloraba su ausencia, no podía creer que él aceptara irse, o a lo mejor él había sido el de la idea. No entendía nada, sólo que mi vida tenía un motivo más para sentirme la peor de las mujeres, sin ganas de nada. Estaba harta, no quería vivir, no le hallaba sentido a mi vida desde el momento en que se había ido de mi lado.

Empezó a suceder que por todo me desesperaba, llegaban las siete de la noche y sentía que el aire me faltaba, que ya no amanecería. Me enfermé de los nervios, sufría de insomnio, lloraba constantemente y sufría y sufría la ausencia de Juan José. Me hacía mucha falta a cada instante, incluso me refugiaba en casa de sus abuelos y les daba cartas esperando que algún día Juan José las leyera. Muchas veces el abuelo Vidal me vio llorar por su nieto, no transcurría un solo día en que no me acordara de él.

Mi madre siempre se dio cuenta de que constantemente lloraba y me sentía mal. Hubo miles de veces que hasta al doctor fui a dar. Muchas veces, al conocer el origen de mi enfermedad, ya no sabía qué hacer, llamaba por teléfono a mi papá y me llevaron con la psicóloga.

Me empezó a tratar; cada consulta lloraba y lloraba, todo me venía a la mente. Mi madre se refugiaba en el alcohol. Mi problema era depresión, tomaba medicamentos controlados para dormir, para evadir un poco mi dolor. Ya no quería ni ir a la universidad, cada día mi vida era más apagada. Había días en los que me la pasaba recordando, una y otra vez, las veces en que Juan José y yo habíamos estado sentados platicando o demostrándonos amor. Miraba hacia el portón y le decía a Dios: “Señor, quisiera verlo. Anhele el día en que volveré a verlo frente a mí. Señor, que dondequiera que esté se encuentre bien y que sea feliz. Yo no importo, aunque mi vida sea triste y apagada”.

La mayoría del tiempo, por indicaciones de los médicos, tomaba antidepresivos; el resultado era mantener mi vista fija, mi mente en blanco. A mi madre le molestaba verme así. Varias veces me dijo que Juan José no valía la pena, que él nunca me quiso, que todo cuanto acababa de suceder, la ruptura de ese noviazgo, había sido la gota que derramó el vaso. Le dije a mi madre que no podía evitar sentirme así.

Al poco tiempo, Juan, el novio de Gudelia, empezó a visitar la casa, pues se llevaba bien con mi madre. A Gudelia la sorprendió

su novio, el soldado, cuando estaba con Juan, pues no faltó quien la viera y le dijera a Pedro, y suspendió la boda. La visita de Juan me animaba; por otro lado, mi tío José, el licenciado, me llevó con mi primo, el doctor Carlos Jesús Toledo Rodríguez, y me hicieron muchos estudios, como un electrocardiograma y movimientos de la vista. Mi primo platicó conmigo para convencerme de que esto no podía continuar así. Me dijo que yo misma me tenía que controlar, que manejaba mi vida a base de medicamentos, que si seguía así, podía darme un infarto o un derrame, que le echara ganas, y me dejó el mismo medicamento: “Y te voy a recomendar que salgas a distraerte, ve a las tiendas, aunque no compres. Cuando puedas, ve al mar, observa lo inmenso que es, date cuenta de que el cielo y el mar se funden en un azul que se hace uno mismo”.

Mi primo me hizo recomendaciones, de cómo escribir y desahogarme. Le dije que trataría de animarme y me despedí de él. Decidí empezar a tomar té para los nervios y dejar de llorarle a Juan José. Me iba a comprar chácharas o a caminar, empecé a salir más con mis amigos de la universidad. Nos íbamos a la playa todos los compañeros y, de vez en cuando, nos escapábamos de clases.

Entre mis compañeros estaba Román, el novio de mi amiga Isabel, y teníamos una muy buena amistad. Un día me encontré a Eri ezer e Iván, que andaban en bici. Me comentaron que mi amigo Misael estaba muy enfermo, internado en Minatitlán. Él, desde chico, debido a que su papá los había abandonado y él se había hecho cargo de sus hermanos, trabajó en una carpintería. Su enfermedad fue de los pulmones. Lo trasladaron a Jalapa.

Yo estaba nuevamente triste, la noticia me había impactado. Quería verlo, pues por noticia de otros compañeros, supe que él estaba enamorado de mí. Cuando pensé en ir a verlo, me informaron que ya lo traían de regreso, pues estaba desahuciado. Falleció a bordo de la ambulancia. Iván me dio la tan dolorosa noticia. Eso era increíble, uno de mis mejores amigos, compañero de la

secundaria y del CBTIS, había dejado de existir. Su mamá me platicó que estando internado lloraba y lloraba, que el último día antes de su fallecimiento no durmió. Ese día soñé que él me visitaba y que me había hecho un columpio de madera. Me preguntaba si estaba enojada con él, y me decía que me vería después. Sólo podía pensar que era un mal sueño, pues acababa de concluir el CBTIS, era muy joven para que la muerte se lo llevara. Sin embargo, me encontraba en su velorio acompañada de todos sus seres queridos. Qué falta me ha hecho todo este tiempo, pues aunque no acepte que ya no está en este mundo, para mí es uno de los ángeles que cuida mi andar, si no, ya estaría junto con Isabel y Misael.

Ahí valoré mi vida. Había que empezar a vivir al máximo, y yo no me quería recuperar. Ahora todos mis triunfos y mis metas se los brindo en honor a Isabel y Misael; ellos siempre han estado en mi corazón.

En la universidad conocí a un muchacho de nombre Isaac y se convirtió en mi mejor amigo. Jeny, Roxana, Marvella, Herlinda, Oric, eran con quienes más me reunía. Salíamos todos juntos, de vez en cuando íbamos al cine o a la playa y nos la pasábamos bien, nos íbamos también a comer y echábamos relajo.

Mis grandes anécdotas

Así fueron pasando un semestre y otro, cada día subiendo escalones. Cuando iba casi a la mitad de mi carrera, por el mes de diciembre, salimos de vacaciones y, una vez más, me detuve por causas del destino a enfrentar un dolor. Mi tío Cirilo llegó un día a la casa muy mal en el carro. Todo fue muy rápido: le dio un infarto en la puerta de la casa. No comprendía, ¿por qué moría la gente buena? Ese día, por la mañana, él había estado bien, conversando con nosotros. Me prometió que regresaría para llevarme a comprar unas botas y ropa. Lamentablemente, su infarto fue fulminante. Lo

llevaron al doctor, pero fue inútil, ya había fallecido. Él significaba mucho en mi vida, pues me apoyaba económicamente en mis estudios. Lo llevamos hasta Oluta y nos quedamos en su velorio. Yo lloraba sin consolación al ver su féretro, todos me observaban admirados al ver mi dolor, mientras que su hija adoptiva no hacía más que preguntar por el carro y si su padre le había dejado herencia; sólo le importaban las cosas materiales. Ella se acercó y me dijo:

—¿Mi padre te dejó algo de valor de lo que deba tener conocimiento?

—Sí, claro, mis estudios, pues gracias a él he llegado hasta donde estoy. Me parece increíble que sólo te interesen sus bienes, pero, claro, sólo eres la hija adoptiva.

Y de nuevo apareció Juan José. Regresó de Ciudad Juárez y se enteró del fallecimiento de mi tío. A pocos días de esto, el abuelo Vidal me invitó al cumpleaños de mi ex suegra Martha, mamá de Juan José. Mi madre, al verme tan triste, y confiada en que no me encontraría con Juan José, me dio permiso de ir al rancho. Decidí llevarle un arreglo floral a doña Martha. La señora era muy linda persona, me caía superbien. Emprendimos el viaje a Tatahuicapan de Juárez, Veracruz, y nos recibió Juan José, quien admirado me dijo:

—Nena, qué gusto verte, ¿cómo te dejaron venir?

—Ya ves, el abuelo Vidal, que todo lo puede, me trajo.

Y de pronto salió Laura, la esposa. Me saludó muy amablemente con un beso, y yo también, aunque por dentro nos retorciábamos del coraje. Esa vez comimos mole, y él me dio el pésame. Sin más, Laura le pidió que se fueran. Él asintió diciendo: “Sí, mi amor, ya nos vamos”. Laura le dijo a la suegra: “Le voy a dejar a Malu”, la niña de Juan José que tenía apenas unos meses. Me parecía muy bonita y tierna. Al irse ellos, la cargué y se durmió en mis brazos.

En esa ocasión confirmé que tenía que olvidarme de Juan José. Entonces, al regresar del viaje, sabía que tenía que darme una

oportunidad de amar de nuevo, de conocer a alguien. En ese entonces, Alfonso también me pretendía, me hacía regalos, me invitaba a salir e, incluso, en una ocasión me llevó serenata. Acabé corriendo al señor con todo y guitarra.

Quien ya era muy amigo de la familia era Juan. Él no quitaba el dedo del renglón, me seguía pretendiendo. Salíamos principalmente a las ferias o a los carnavales; en ocasiones, a cenar. Había algo en él que me llamaba la atención. Hasta que un día nos dimos un beso. Era la tercera vez que probaba los labios de otro muchacho. Fue muy tierno; esa vez me pidió que fuera su novia y que le diera la oportunidad de andar conmigo. Le dije que sí, mas no le aseguraba nada, pues podía arrepentirme. Él estaba feliz, no lo podía creer y me abrazó diciéndome:

—Ya verás que llegarás a quererme.

—Yo quiero amarte.

Él era muy divertido, me llevaba cualquier regalo, muy detallista, me consentía y, lo más importante, me respetaba. Como trabajaba en una panadería, me llevaba pasteles de regalo. Al cabo de unos meses, le propusieron que se fuera a trabajar a San Andrés, y él, contento, me preguntó qué me parecía. La verdad, tenía miedo de perderlo, pues por haber dejado ir a Juan José, lo había perdido. Juan decía amarme, pero yo pensaba: “Amor de lejos, es amor que te cambia por otra”, y para muestra estaba Juan José. Juan me tiró su rollo de que regresaría cada fin de semana, que todo sería igual:

—Kari, mi amor, nada va a cambiar.

—Sí, Juan.

Pasaron casi dos fines de semana y todo seguía de maravilla. De repente se me ocurrió preguntarle a Juan:

—¿Qué harías si te saliera una de tus noviecitas del pasado y te dijera que está embarazada de ti y siendo tú mi novio?

—Antes que nada, me aseguraría de que fuese mío. Si así fuera, respondería como hombre.

Me sorprendió la respuesta, pues sabía que era un hombre responsable. Al cabo de unas semanas, esto se volvió realidad. Le salió esa novia del pasado a Juan, de nombre Hilaria, y me platicó. Debido a la noticia, una vez más pensé que el amor no era para mí. Nos despedimos.

En una ocasión regresó de visita a la casa y tocó a la puerta. Al abrir, me porté fría y grosera con él. Casi lo corrí. Mi madre me regañó: “Qué grosera te viste”, pero no sabía lo que estaba pasando, me sentía traicionada, porque ya lo quería, y tener que dejarlo tan bruscamente me molestaba. Todo cuanto había empezado a vivir con él era bonito, siempre me trataba bien, y no le quedó más que decir:

—Discúlpame, me voy.

—Si puedes, ven más tarde —le grité.

—Grosera, ¿por qué no invitaste a Juan a pasar? —me dijo mi mamá.

“Ay, no, estoy ocupada, ahorita no tengo ganas de platicar”, dije con gestos.

Le perdí la huella, no lo volví a ver como en un mes, y lo vi de lejos, en el centro. Rápido pensé: “A lo mejor al rato me busca”, me fui a la casa y, en menos de unas horas, llegó la sobrina de Juan. Llevaba con ella un arreglo de un cisne con el rostro hacia abajo, lleno de rosas de fieltro, y en el arreglo una tarjeta que decía: “Perdóname”. Su sobrina me dijo: “Dice mi tío que no pudo venir porque no iba a tener valor para decirte que este sábado se casa, pues ya está todo”.

Me quedé pasmada, no podía estarme pasando una vez más a mí. Por segunda vez se casaba alguien que yo amaba. Sólo le dije a Sugey:

—Dile que no se preocupe, que le deseo que sea feliz, pues en realidad nunca pensé que lo nuestro duraría, ya que él fue quien se alejó. Seguiré siendo su amiga, y algún día estaremos frente a frente y podremos disipar dudas. Hasta pronto, y nuevamente le deseo que esté bien.

—Me voy, Karina. Quiero decirte algo: mi tío te quiere, y si se va a casar es porque metió la pata; la chava se embarazó a propósito.

—Sí, mira. Se me hace que él metió todo, no nada más la pata. Tu tío ya está grande, y si me quiere, ha de ser a su manera. Lo que sé es que paso por algo similar por segunda vez, y no creo querer pasar por una tercera. Luego platicamos, pues tengo que ir a clases y se me hace tarde.

Se fue Sugey y me dijo mi madre:

—¿Qué piensas?

—Nada, ¿qué quieres que piense? Tal vez hubiera querido llorar, pero creo que desde que me pasó lo mismo con Juan José, me quedé sin lágrimas, lloré mucho, y lo único que puedo hacer es seguir adelante. Así que, *bye*, me voy.

Y me fui a Minatitlán a mi clase de computación. En el receso, me comí una tortota de cochinita pibil con bastante aguacate junto con un agua de horchata bien rica. Así disipé mi segunda desilusión amorosa. Me refugié en la comida.

Pasó el tiempo y no lo volví a ver durante tres años. Me seguí dedicando a estudiar y estudiar, a pasarla bien. Me sentía a gusto en la universidad, pero como mi tío Cirilo había muerto, no había para lo de mi colegiatura. Me di cuenta de que mi mamá estaba batallando para el dinero, pues ya no tenía trabajo, todo estaba en manos del licenciado. Decidí hablar con el vicerrector y comentarle mi situación, así como solicitarle mi baja. Fui a la Vicerrectoría y pedí hablar con él.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Señor, estoy aquí porque necesito mi baja de la universidad.

—¿Por qué motivo?

—Mi tío, quien costeaba mi carrera, no sé si está enterado, falleció, y no tengo para pagar mis mensualidades.

Cada mes se pagaban mil cuatrocientos pesos, y cada inscripción de semestre, dependiendo del grado, era de dos mil setecientos y dos mil novecientos, según la carrera y el semestre.

—¿Cuántas materias debes?

—Ninguna, señor.

—¿Cuántas faltas tienes?

—Ninguna.

—¿Qué exámenes reprobaste en este periodo?

—Ninguno, señor.

—Mira, Karina, antes que nada, te doy el pésame por el fallecimiento de tu tío. Era uno de los más puntuales tutores para el pago de cada mensualidad. Independientemente de esto, era muy amigo mío, incluso a él se le compró el autobús para la universidad. Te pido que no te desesperes, que no hagas las cosas sin pensar; deja que te platique algo. Yo no tengo estudios, pero trabajé e hice todo esto proponiéndomelo. Busqué muchas alternativas. Sé que te va a ser difícil, pero te voy a dar la oportunidad de que busques un trabajo para que me vayas pagando. Tú te organizarás mientras se resuelve lo de tu tío o te acoplas, pero no tires todo por la borda, estás más allá de la mitad de tu carrera y no tengo queja ni motivo para otorgarte tu baja.

—Señor, ¿cómo le voy a hacer en los periodos de examen? Usted sabe que el que no paga no tiene derecho a presentarlos.

—Cada vez que vayas a presentar exámenes, aparecerás en las listas; sólo te voy a pedir que me hagas un oficio donde solicites una prórroga de pago por unos meses. ¿Estamos, Karina?

—Sí, señor —le di las gracias.

—Ándale, pues, y a echarle ganas. No quiero que me defraudes. Si llegas a necesitar algo, me buscas. Cada vez que presentes examen, irá firmada por mí tu autorización para que no haya problema.

Me hicieron bien sus palabras, y sobre todo me motivó. Les comenté a mis amigas Jeny y Marvella, y les pedí que me acompañaran a trabajo social para ver si podían recomendarme en la bolsa de trabajo. Al poco tiempo fui a pedir un trabajo a Telégrafos. Resultó que el señor que era conocido de mi mamá, había sido

despedido y me pasaron con el nuevo administrador. Le comenté la inquietud que tenía por encontrar un empleo y me preguntó:

—Entonces, ¿tú eres Karina?

—Sí, señor, ¿por qué?

—Pues ya había preguntado por ti —me sorprendí—. No te espantes. Lo que pasa es que, como soy nuevo, estoy revisando papelería y me encontré con un trabajo que realizaste de un proyecto con base en la computación y me pareció excelente, pues cómo ves que aquí todavía no nos modernizamos. Me encantaría que nos enseñaras o llevaras a la práctica tu proyecto; claro, yo te daría un sueldo. Tú dices qué horario, ¿te parece bien?

No lo podía creer. Desde ahí empezó una bonita amistad con el señor Benito de Aquino Gabriel. Me organicé y trabajé con él. Iba a la universidad en la mañana, y en la tarde, a Telégrafos. Don Benito era a todo dar y me gustaba compartir con él parte de mi día. Me hice muy amiga de él, a pesar de ser de diferente edad, yo veía que tenía un aprecio especial por mí. En ocasiones me invitaba a comer nieves y me llevaba a mi casa.

Así estuve trabajando durante casi un año y abonaba a veces cada semana a la universidad cuatrocientos pesos. Recuerdo que en una ocasión quería dinero para unas copias y decidí pedirle a mi papá. Él me apoyaba con lo de la computación y el inglés, pero en esta ocasión sería para las copias de la universidad. Llegué a su casa, donde habíamos vivido cuando niños, y no se encontraba. Sólo estaba la mujer con la que se había juntado y le pregunté por él. Ella, que no me tragaba muy bien, me dijo:

—¿Qué querías? Porque si vienes a buscar dinero, tu padre no tiene. Me compró una ropa e hicimos pagos y se quedó sin un quinto.

La verdad, me sentí mal por la contestación tan mal intencionada, le dije:

—Dile a mi papá que lo vine a buscar, que por favor me busque.

Me fui a la casa y me dijo mi mamá:

—¿Qué te pasó?

—Nada.

Le pedí que me prestara mi acta de nacimiento y la de mi hermano. Me preguntó para qué y le dije que para un trabajo. “Ahorita vengo, voy a sacar las copias, no tardo”, pero me fui al Ministerio Público, hablé con una amiga que tenía ahí y le expliqué la situación de mi tío fallecido. Le dije que yo quería estudiar, que necesitaba que mi papá me apoyara económicamente, pero que su mujer se metía y no perdía oportunidad para hacerme sentir mal. Que yo necesitaba una pensión alimenticia, de perdida para mis gastos y los de mi hermano, ya que yo trabajaba, pero no me alcanzaba por las mensualidades de mil cuatrocientos. Me dio un citatorio para mi papá y le dije que me diera también uno para mi mamá.

Le dije a mi tía que le entregara el citatorio, pues quería que él se comprometiera a ayudarme económicamente, y que no quería que su mujer se metiera conmigo. El día que mi papá debía presentarse, pasó muy temprano a la casa y me dijo:

—Gorda, ¿quién hizo esto?

—Yo.

—¿Tú? —me volvió a preguntar.

—Sí.

—¿Sabes? Hoy me has perdido como padre, hoy te enterré.

—No voy a discutir, allá platicamos.

Y se fue. Nos presentamos. La licenciada del Ministerio Público le hizo saber el motivo por el que se le solicitaba y le hacía ver que no le estaba pidiendo para ir a la disco ni para comprarme lujos o cosas, sino para mis estudios, y que tenía que apoyarnos tanto a mí como a mi hermano Billy y a mamá, para que fuese testigo de que él se había despegado de sus obligaciones. Y pues, queriendo o no, firmó. Y empezó a ayudarme semanalmente. Yo recogía el dinero en el Ministerio Público. Más adelante, se le bajó el coraje y su mujer escarmentó, y antes de meterse conmigo, lo pensaba por lo menos tres veces.

Al cabo de seis meses, cobré un dinero que me había dejado mi tío Cirilo con una persona encargada de ayudarme hasta el final de mi carrera, y así logré estar al corriente. Al señor Benito le llamaron la atención, ya que era un empleo federal y yo no tenía base, y con todo el dolor de su corazón decidió que terminaríamos las relaciones laborales; sin embargo, dejé una muy buena amistad basada en confianza y respeto.

Un día, al regresar de la universidad, pasamos Román, Adriana y yo por la panadería, y adivinen con quién me topé. Nada más y nada menos que con Juan. Me saludó y lo saludé.

—Cuando necesites un pastel, me dices, ya estoy trabajando aquí.

—Ok, gracias.

Al llegar a la casa, le platicué a mi mamá, y me dijo: “Qué bien”, yo me preguntaba: “¿Será que ya se separó?”. Como quiera, Juan sí había logrado que me fijara en él. Teníamos muchas cosas en común: éramos del mismo signo, nos gustaba divertirnos e ir a los ríos junto con mi mamá, y pues, acá entre nos, sí me había enamorado de él. Haber vuelto a saber de él me daba curiosidad. Él se sentía triste, porque todos los días me veía pasar con Román muy temprano a tomar el autobús, y de regreso, igual, con Román, incluso él siempre me cargaba mi portafolio y yo me tomaba de su brazo, pero sólo éramos amigos. Un día me insinuó que Román era mi chavo, y le dije que estaba equivocado.

—Oye, ¿y tu esposa?

—Por ahí.

—Me dijo un pajarito que ya eres papá, y que viene otro niño en camino, se ve que no has perdido el tiempo.

—Sí, pero ya estoy separado.

Por supuesto que eso no se lo iba a creer. Un día mamá pasó a la panadería y lo invitó a una comida por mi cumpleaños. Él llegó esa vez, platicamos y, lo típico, dijo que no era feliz con la señora, que él vivía con su hermana, que aún me quería, que seguía enamorado de mí y bla bla bla.

Muchas veces su sobrina me contaba todo: que regresó a vivir a Jáltipan, que al parecer sí se había separado, pues se quedó a vivir con un hermano del papá de Sugey. Me visitaba de vez en cuando, y me pidió que volviera con él. Le dije que iba a ser imposible que yo creyera de nuevo en él, pero me dijo:

—Permíteme reconquistarte, pues cada día te amo más. Por favor, me voy a divorciar.

—Pues cuando te divorcies, me dices.

Me hacía regalos, me invitaba al parque, íbamos al cine. Empezamos a salir de nuevo, hasta que un día nos volvimos a dar un beso. Sentía quererlo, pero tenía miedo de sufrir nuevamente, de que me dejara y se alejara. Me frecuentó más y más, me llevaba a comer, a pasear, me divertía mucho, y más me gustaba porque siempre le llevaba la contraria para hacerlo repelar; me gustaba discutir y al último abrazarlo y sonreír.

Llegué a enamorarme de Juan sinceramente, por su forma de ser, por todo ese tiempo que me dedicaba, por sus atenciones. Para mí era bello contar con él, aunque sabía que era un hombre casado. Para mí nunca hubo un no, siempre era yo, después yo y siempre yo. Me demostraba una y otra vez lo mucho que me amaba, siempre me respetó, nunca me ofendió, y me encantaba su forma de ser, era único y original.

Muchas veces me llevó al rancho de mi hermana. Recuerdo una ocasión en que nos invitó a comer tacos. Mi hermana Perla se comió casi veinte, yo estaba superadmirada. Él era tímido y, repito, nunca me ofendió. Cada vez que me besaba, hacía que borrara cada beso de Juan José, pues lo hacía con delicadeza y ternura. Me encantaban sus besos, eran muy dulces y sinceros. Cada vez que platicábamos, nos contábamos todo, nos teníamos mucha confianza.

Él me enseñó a manejar. Cuando visitábamos a mi hermana, me llevaba la camioneta. Recuerdo que en una ocasión casi nos íbamos a un voladero, pero frené a tiempo. Él, asustado, me gritó:

“¡Frena, frena!”, y yo me sentí. Me abrazó muy rápido diciéndome: “Perdóname, no quise gritarte, amor”. Y como nunca lo había hecho, quise llorar. Él se reía y me decía: “Amor, no llores, te tengo bien consentida, te voy a gritar más seguido. Ya, amor, dame un beso”, y nos besamos. Sentía quererlo tanto, pero tanto, que tenía miedo.

No sabía en esos momentos qué era de su esposa. La verdad, ni platicábamos de ella, sólo de su hijo. Nos seguimos frecuentando. En una ocasión, por un 14 de febrero, nos vimos en la plaza y me llevó un regalo. Era una bolsa grande. Dentro había una caja de chocolates y un oso de peluche, que, cuando lo abrazabas, decía: “¡Aaaay! Te quiero”. Me encantó, me fascinó. Me decía que me quería mucho.

Había ocasiones en las que yo pensaba: “¿A qué estoy jugando? Tengo que olvidarme de Juan, no debo seguir con él, pues está casado, y aunque mantenemos un noviazgo y me ha respetado, no estoy sacando nada de esta relación”. Y traté de alejarme. Ya no salía mucho con él, pero me hacía falta, porque lo quería.

En ese tiempo mi mamá ya mantenía una relación con mi padrino, a quien llamaba así por respeto, y estaba embarazada, ya casi para aliviarse. Juan me hablaba mucho por teléfono, a veces todas las noches, o en las mañanas, o a las tres o cuatro de la mañana que entraba a trabajar, y platicábamos. Me gustaba que me dijera que me quería, que pensaba en mí, que me amaba. Mamá en esos días se encontraba conmigo y con mi hermano Billy, pues su marido trabajaba en Monterrey. Cierta día le dieron los dolores de parto, después de once años nuevamente daría a luz. Se empezó a sentir mal y me preguntaba si así eran los dolores de parto. “Ay, madre, yo no he tenido hijos, si no, te diría.” Esta vez quería aliviarse con una partera de nombre Candelaria, pero empezó a subir y a bajar su presión, y la partera nos recomendó que la llevara a un particular, ya que a lo mejor era necesaria una operación.

Me la llevé, su doctora no estaba, y fuimos a Coplamar. Ahí nada más le reventaron la fuente y no había ginecólogo. Me

apoyaron con una ambulancia y la trasladé a la clínica del doctor Quintín Glover; ahí dijeron que era probable que fuera cesárea.

Véa a mi madre muy mal, y me dijo: “Ve y busca a Arcadio, el taxista”. Y la dejé sola. Cuando volví a la clínica, mi tía Elvira iba llegando. El chisme ya había corrido, pues mamá ya se había aliviado. Se bajó de la camilla diciendo: “Ya me voy a la casa. El niño está un poco delicado, te vas a tener que quedar con él para que lo cuides”.

Al otro día llegó a la clínica Juan, me llevó de desayunar unas empanadas de queso y un champurrado. Me vacilaba diciéndome: “¿Ves, por qué dices que no es tu hijo?”; yo sólo sentía que los ojos se me cerraban de sueño.

Salió mi hermanito y lo trataba la doctora Lucila, una pedia- tra muy buena. Así pasaron los meses y mi hermano empezó a crecer. Yo me dedicaba al día a día. Luego de seis meses, el bebé estaba bien acostumbrado a mí, me lloraba. Mamá, a partir del nacimiento de mi hermano Iram, cambió mucho, estaba feliz, pero no dejaba de tomar.

La mayoría de las veces yo cuidaba de Billy y de Iram. Cier- to día llegó mi tío a la casa muy de madrugada y estuvo tomando con mi mamá. Decidieron ir a comprar más cervezas en el carro, y mi tío se acordó de un amigo: “Déjame ver si está este compa- dre mío”. Le silbó, salió y le dijo amenazante: “Necesito que me acompañes a un mandado, ¿puedes o no puedes?”, típico de bo- rracho. Llegaron a casa, y mamá platicaba con él: “Ahorita te voy a presentar a mi hija, ella es licenciada”. Ya ven, la mamá de uno, siempre orgullosa cuando su hijo es alguien en la vida. Fue y tocó la puerta de mi cuarto. Mis hermanos y yo dormíamos. Escuché el toc toc de la puerta, abrí y mi mamá me dijo:

—Hija, ven, por favor, acompáñame, te quiero presentar a alguien.

—¿Cómo se te ocurre despertarme a esta hora? —dije molesta—. Pero, bueno, vamos —y salí hacia el corredor.

Ahí estaba mi tío:

—Hija, ¿cómo estás? —y me presentó a su amigo.

Al momento de extenderle mi mano, lo observé diciéndole:

—Mucho gusto, Karina Rodríguez.

—Gastón Prieto —contestó con una voz varonil—, el gusto es mío.

—Bueno, yo sólo quería saludarlos, los dejo, pues mañana voy a clases —y me retiré al cuarto.

Desde ese momento, la mirada del amigo de mi tío me agradó. A él le cayó muy bien conocer a mi mamá, a mí y a mis hermanos, pero sobre todo mantenía una buena amistad con mi tío. Cada día iba más a la casa. Empezó a trabajar con mi tío en el negocio de distribución de productos. Subían a la sierra a vender yogur, jamón, salchicha, crema, quesos, y otros productos. Así trabajaron durante varios meses y mantenían gran amistad.

El señor Gastón y yo muy pocas veces cruzábamos palabra. Nos saludábamos diciendo: “Buenos días”, “buenas tardes”, “hasta luego” o “compermiso”, lo indispensable. Me parecía un señor muy apuesto, interesante y, sobre todo, muy valiente. Mamá en poco tiempo ya lo estimaba, lo apreciaba, sobre todo le tenía mucha confianza. A ella le agradaba platicar con él, y muchas de las veces en las que iba de visita con mi tío, mi madre los atendía por igual, haciéndolo sentir como de la familia.

Más adelante, Gastón ya nos visitaba por propia iniciativa o buscando a mi tío. En lo personal, Gastón tenía algo que me llamaba la atención, algo que me agradaba, casi puedo asegurar que me gustaba o me atraía como hombre, pero el solo pensarlo me traía a la mente a Juan, quien no dejaba de estar al pendiente de mí. Muchas de las veces en las que Gastón estaba en casa, Juan llegaba con el fin de que platicáramos o de invitarme a salir, pero yo empezaba a aislarme, a alejarme de él, prefería quedarme si Gastón estaba en casa. También mamá, cuando tomaba, había ocasiones en las que lo hacía con mi tío y Gastón. Me empecé a llevar más con don Gastón, a hacerle plática, pero cada vez más me alejaba de Juan.

Recuerdo una ocasión en que Gastón y mi tío se pusieron a hacer carne asada y tomaron. Cada vez que tomaban, yo estaba con mis hermanos viendo la tele. Esa vez, el señor Gastón me hizo plática:

—¿Qué haces?

—Veo la tele —y se sentó junto a mí.

—¿Sabes? Me caes muy bien.

—No, la verdad, no —y de repente, cuando me di cuenta, ya me había tomado la mano.

—No sé, pero desde que te conocí, me gustaste.

—Sí, creo que le hablan allá afuera.

Y salió de la casa. No podía creer que él me hubiera dicho que le gustaba, y mucho menos que me hubiera tomado de la mano. Mamá entró en la casa y me dijo: “Necesito que acompañes a Gastón a la tienda del chino para que compre unas cervezas y le presten los envases”. Lo acompañé y me preguntaba en el camino:

—Oye, ¿y tu novio? No ha venido a verte, ¿por qué?

—¿Cuál novio?

—Pues Juan.

—Juan no es mi novio, sólo es mi amigo.

—¿Ah sí? Entonces, ¿cuál es tu novio o cómo se llama?

—No, no tengo.

—¿Cómo que no tienes? —y rápido me dijo—. Oye, ¿no te gustaría que fuéramos novios?

—Pero si usted es casado, ¿cómo cree?

—Mira, me encantas. Las veces que llego a tu casa lo hago por verte, aunque sea de lejos. Sé que vas a decir que soy un mentiroso, pero la verdad es que me gustas, dime qué piensas.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí, por favor.

—Mira, compra las cervezas y ahorita te digo.

Pidió las cervezas y decidimos caminar.

—Mire, don Gastón, usted a mí también me gusta. Desde que lo vi me llamó la atención, y lo único que quiero es no hacerle daño a

nadie. Sé que mantiene una relación con una señora, e igual sé que tiene una esposa y dos hijos y no quisiera afectar a nadie.

—En cuanto a la señora que mencionas, ella es un pasatiempo, y mi esposa, sí estoy con ella, pero tiene mucho que tenemos uno que otro problema. Pero, en fin, dame la oportunidad de andar contigo. No sé, me gustas, ya no puedo estar quieto si no te veo.

Y, sin más, acepté tener un noviazgo con él. Gastón estaba muy contento. Íbamos pasando por un callejón y me dijo:

—Hey, ¿y si nos metemos por ese callejón y nos ponemos a “fajar”?

—Oye, ¿con quién crees que vas a andar? Estás loco —le dije molesta.

—No es cierto, mentira, estaba bromeando —contestó apenado al ver mi reacción.

—Pues con broma y todo, siempre te voy a contestar lo mismo. Soy una señorita y quiero que tomes en cuenta que me gustas. Sí quiero ser tu novia, pero ni se te ocurra volver a insinuar algo igual o doy por terminado nuestro noviazgo.

Y antes de llegar a la casa me dijo:

—Hey, ¿me regalas un beso?

—Pues no sé besar muy bien, pero bueno.

Y le di un beso muy rápido. Al cabo de unos segundos, él volvió a darme un beso, pero muy sabroso, y regresamos a casa. Le pedí que anduviéramos en secreto, porque no quería que me fuera a regañar mi mamá. Gastón dijo que estaba bien. Ya éramos novios, en secreto, pero novios.

Yo estaba feliz, al fin volvería a sentir, amar y querer a alguien, más aún que como un día amé a Juan José. Ahora sí podía decir que me había enamorado por segunda vez, que el pasado, pasado era. Lo único que opacaba todo cuanto sentía era saber que Gastón era casado. Sabía que no estaba bien, pero me había flechado.

En ocasiones iba a la casa, se aseguraba de que mamá no lo viera y me daba un beso o me abrazaba. Todo en nuestro amor era

oculto. Se acercaba mi cumpleaños, y mi mamá decidió hacerme una comida e invitar a unos amigos. No podía faltar Juan, y Gastón ya se encontraba en mi casa. Yo aún me estaba arreglando. Gastón y Juan empezaron a conversar. Gastón le preguntaba a Juan si andábamos molestos, y él le contestó que sí, y también que si éramos novios, pero ya no alcanzó a responderle, pues yo me encaminé hacia ellos. Juan me dio un abrazo y un beso en la mejilla. Me entregó una cajita pequeña y me pidió que la abriera. Era un anillo de una flor. Emocionada con Gastón, ya ni atendía a Juan y prefirió retirarse. Lo acompañé al portón, y me dijo:

—¿Sabes, Kari? Me he dado cuenta de que, desde que llegó Gastón aquí, ya ni me pones atención. Perdóname, pero antes me hacías caso, y hoy ni un vaso de agua me ofreciste.

—Discúlpame, es que ando de allá para acá y se me pasó, no fue intencional.

—Ahora te siento muy diferente.

De repente salió Gastón y me dijo:

—Oye, Kari, te habla tu mamá —y a Juan—: ¿ya te vas?, ¿por qué tan rápido?

—Sí, voy a trabajar, ¿y tú? ¿Todavía te quedas o ya de plano vives aquí?

—Pues ya casi, ¿verdad? —sonrió Gastón, que percibió que Juan se retiraba por celos y no por el trabajo.

Juan se fue y seguimos con la fiesta. Gastón no perdía oportunidad para voltear a verme o para platicar conmigo, realmente había algo en él que me fascinaba. A pesar de saber que era un mujeriego, tomador y todo un don Juan, conforme pasaban los días, Gastón empezaba a representar todo para mí.

En muchas ocasiones nos veíamos en el IMSS. Recuerdo que la primera vez que nos citamos, no queríamos que nadie nos viera, y nos encontró un vecino de Gastón, compañero de la escuela de su hijo. Otras veces nos veíamos en la casa de su tía Rocío. Nuestras citas eran sólo para platicar, decimos una y otra vez que nos amábamos.

Gastón era el mejor de todos los novios del mundo, muchas veces pensé que sólo se interesaba en mí para jugar o porque quería que dejara de ser señorita, pero estaba equivocada, pues, aunque no lo crean, mantuvimos un noviazgo a pesar de ser un señor casado. Siempre me respetó, me hacía sentir muy segura, muy amada, indispensable en esta vida. Por él empecé a sacar fuerzas. Mi madre notaba que, cuando llegaba a la casa, mi semblante era otro, mi rostro tenía otro brillo, pero sólo era porque lo amaba.

Como les había mencionado, a mi madre le gustaba echarse sus copitas, y muchas veces Gastón y mi tío la acompañaban y hacían carne asada. Cierta día en que los tres bebían, Gastón fue hasta donde me encontraba y me pidió un beso; le dije que no, porque mi mamá nos vería y se iba a enojar. Insistió y terminé por darle el beso. En ese momento entró mi mamá al corredor y se dio cuenta, y ¿qué creen? Se enfureció y se hizo la que no vio nada. Gastón le habló y le dijo:

—Neta.

—No me digas nada, sólo quiero decirte que me fallaste, que defraudaste mi confianza.

Yo me reía. Gastón me decía: “¿De qué te ríes?”, y yo me reía más, creo que de los nervios. ¿Qué pasaría cuando mi madre me preguntara por qué me estaba besando con Gastón? No me quedó otra más que enfrentar la situación. Seguí el día como si nada, me arreglé para ir a la universidad y, al salir al patio de la casa, me di cuenta de que Gastón ya se había ido y que mi madre andaba supermolesta. Se acercó a mí y me dijo:

—Sólo quiero que sepas que si andas con Gastón, espero que no hayas cometido ningún error. Tú sabes a qué me refiero. Ahora entiendo esas salidas continuas, cosas que antes no hacías, y no quiero ni imaginarme lo demás.

Al escucharla y entender que ella pensaba que Gastón y yo manteníamos una relación casi de amantes, me molesté y le dije:

—Mira Ernestina, estás mal, y me duele que no me conozcas, que pienses eso de mí, pues tengo mis principios. Sé que él es un hombre casado, no sé ni cómo llegué a sentir esto por él, pero despreocúpate, que me voy a olvidar de él.

—No, voy a platicar con tu papá, no quiero que al rato piense que yo tuve la culpa.

—Está bien, pero ya me voy porque es tarde.

—No quiero que vayas a regresar tarde, ¿eh?

—Sí, mamá.

Y me fui. Tenía muchas dudas al no saber qué había pasado con Gastón. Desde ese momento, mi madre era totalmente otra. A cada instante me controlaba la hora, mis salidas, todo. Era más estricta y a cada rato me hacía sentir peor que una mujerzuela. Un día en que empezó a tomar, ya pasada de copas, quiso pegarles a mis hermanos. Me opuse y la agarró conmigo. Enfurecida por no haberla dejado que les pegara, empezó a discutir conmigo. Me gritó que la tenía harta, que ya no me quería en su casa y que se iba a dormir, pero que cuando amaneciera, ya no me quería ver. Luego, sonriendo burlescamente, me dijo: “Pero, claro, tú sin mí no eres nadie, pues siempre has vivido bajo mis faldas”, y se encerró en su cuarto.

Dolida por cuanto había escuchado del ser que me había dado la vida, y llena de rabia porque me juzgaba mal, me llené de coraje y de valor, y decidí empacar en tres maletas lo más indispensable. Esperé a que fuera de madrugada, que todos durmieran, principalmente mis hermanos que tanto quería y cuidaba. Esa vez, ya se había agotado mi paciencia y me fui de la casa.

Tomé un taxi y llegué a la central de autobuses. Me subí a uno que iba a Acayucan, que estaba a veinticinco o treinta minutos de Jáltipan. Cuando llegué, le hablé a una amiga. Me contestó su mamá, doña Reyna. Le medio platiqué lo que me había pasado y me dijo que tomara un taxi y llegara a su casa. La mamá de mi amiga Jeny me recibió: “Pásale. Jeny está en su cuarto, acuéstate y descansa, mañana platicamos”.

Al día siguiente les conté a Jeny, doña Reyna y otros familiares de mi amiga. Doña Reyna me ofreció su casa, me dijo que por mamá y papá no me apurara, que buscara trabajo y que me quedara a vivir con ellos. Acepté. Eran una familia como yo la había soñado, de nadie tenía queja. Don Salvador, el papá de mi amiga, sus hermanos: Rocío, Bety, Salvador hijo, el esposo de Bety, la tía de Jeny, Chely, en fin, todos me apoyaron mucho. Se me olvidaba mencionar a Perla, la sobrina de Jeny, mi mejor compañía, a quien llegué a apreciar. Me sentí muy feliz los días que viví con ellos.

Busqué trabajo y me aceptaron en una tienda de fotografías. Mi familia no sabía nada de mí. Mamá seguía tomando. En una ocasión le hablé y, llorando, me dijo que regresara a la casa. Le dije que ya no, pues ella me había corrido. Después supe que hasta mi papá se había enfermado por no saber nada de mí. Decidí ir a verlo para aclarar muchas cosas que se decían, pues todos especulaban que me había ido con Gastón.

Fui con mi padre y le dije que nada de eso era verdad: “Cerciórate de que vivo con una amiga, estoy trabajando, no tengo nada de qué avergonzarme. Estoy bien”. Papá me creía y confiaba en mí —es algo que siempre le voy a agradecer—, y se tranquilizó.

Pasadito el mes de noviembre, se acercaban buenas fechas. Gastón y yo nos vimos en una iglesia en Acayucan. Él estaba triste, se sentía culpable de la situación y le dije que no era por él, que tenía que empezar a volar sola. En esos momentos me sentía confundida, y decidimos seguir de novios.

En Acayucan vivía también mi amigo Juan, y él también, cuando nos encontrábamos, me ofrecía su ayuda, y yo confirmaba que podía sola.

Se acercaban el 24 y el 31 de diciembre. El 24 salí de trabajar y me fui a Jáltipan. Fuimos a un baile con Gastón. Me daba gusto saber que estaría con mi amor, pero a veces sentía miedo al escándalo, pues no podía dejar de tener presente que él era casado y que, de un momento a otro, podía verme su esposa, y yo no era

nadie, sólo su novia de manita sudada. Al regresar del baile, me fui a casa de mi mamá. Ahí estaba y le di su regalo y también a mis hermanos. Ella se portó bien y me dijo que si quería cenar; le dije que no.

El 25 de diciembre llegó y me fui a la casa de mi abuela. Cuando estaba desayunando con ella, llegó a buscarme Gastón, algo tomado, y me pidió que subiera al carro. Le dije que no me buscara problemas, y mucho menos si andaba tomado. Se fue supermolesto.

Al día siguiente me regresé a la casa de Jeny y al trabajo. Se acercaba el 31 de diciembre y mi mamá me había pedido que lo pasara con ellos. Le dije que sí. Gastón, por su lado, me pedía que, nuevamente, me pasara con él unas horas, pues tenía que estar en su casa con su esposa y sus hijos. Me pedía que lo entendiera, y que a las doce en punto me llamaría para felicitar me por un nuevo año. El 31 me tocó trabajar y, al salir, me fui a Jáltipan. Al llegar a la casa me encontré con Juan, quien me invitaba a una cena. Le dije que no podía porque cenaría con mis hermanos y con mi mamá.

—¿Sabes? No fui a cenar con mi esposa y con mis hijos por cenar contigo.

—Discúlpame, pero nunca te pedí que no cenaras con ellos ¿o sí?

Se fue molesto. Gastón me habló a las doce de la noche para felicitar me y me hizo pensar muchas cosas. Gastón, con todo lo que lo amaba, no iba a dejar a su familia. No soportaría vivir bajo la sombra de nadie.

Al día siguiente, mamá empezó a tomar y, llena de valor, comenzó a reprochar me. Dijo que mejor me hubiera ido lejos, no cerca, que admitiera que no podía vivir sin ella. En eso llegó mi compadre Chon y le dije:

—Oye, ¿cómo le puedo hacer para irme a Acuña?

—¿De veras?

—Sí.

—Yo lo arreglo, pero salimos mañana.

—Sólo iré a recoger mis cosas a Acayucan.

—Sale, pero no me quedes mal. Voy a hablar con Juana, tu ahijada, para que te arregle un cuarto.

Fui a Acayucan y me despedí de todos, les di las gracias y me regresé a la casa.

Mamá me preguntó si en verdad me iría a Acuña. Le dije que sí, pues necesitaba alejarme de Gastón y no entrometerme en su familia; ya no perturbaría la vida de Juan, y él se quitaría de la cabeza el querer divorciarse sin tener motivos. Pensaba en los hijos de Gastón, en los hijos de Juan, y me sentía culpable.

Le pedí a Dios olvidarme de Gastón, a quien amaba con toda mi alma, pues reconocía que no debía entrometerme, aunque fuera un noviazgo puro. Fui con su tía y le dejé el recado de que me iba a Acuña y que se cuidara. En su momento imaginaba: “¿Y si decide seguirme?” Y yo sola me respondía: “No creo”.

El 2 de enero me despedí de mi madre y de mis hermanos. Llegué a vivir a Acuña con mi ahijada Juana, en la colonia Veintiocho de junio. Hacía algo de frío. Ella vivía muy bien, tenía tres niños, y su esposo Ricardo también se portó muy bien. A los quince días de haber llegado, Gastón llegó a buscarme, y me encontró en casa de mi ahijada. Por un momento no podía creerlo, mi corazón rebotaba de felicidad, y en pocos días sentía que no aguantaría sin verlo.

En cuanto nos vimos, me invitó a casa de su tía América, quien, desde que la conocí en Veracruz, se me hizo una vieja fantoche y creída.

Al llegar a la casa de la tía, me encontré con que la otra tía, Bety, se iba a Guadalajara con Adriana, la prima de Gastón. Desde el primer día me pidió que me fuera a vivir con él. Se me hacía algo muy difícil, por mis principios y por no fallarles a mis padres, pero decidí irme con mi Gastón, y con la odiosa de la tía.

Nos llevó a una maquila a contratar, y de los dos, sólo se quedó Gastón. No tenían trabajo de mi perfil de licenciada en Informática

Administrativa. Y empezamos a hacer vida. Mi Gastón trabajaba en Arneses, y tuvimos problemas con la tía. Le molestaba todo o me metía chismes, o escondía la comida, o se quejaba de sus cosas. Hasta que me hartó y se lo dije a Gastón. Quería que nos fuéramos a vivir solos, porque, de lo contrario, en cualquier ratito nos hallaría golpeadas. Si no le parecía, me regresaba con mi ahijada.

Y sí, buscó un cuarto a donde nos mudamos con las dos maletas, una cama y una grabadora. Al poco tiempo empecé a trabajar en Farmacias Benavides como empleada de piso, después como cajera, más adelante como subgerente de sucursal. Primero compramos una estufa, después un refri, luego un comedor.

Al poco tiempo, Gastón, mi marido, renunció en Arneses y entró a trabajar en una compañía de nombre Darima, S.A. de C.V., y le dieron una camioneta. En mi trabajo me ofrecieron crédito por Promobien para comprar cosas, descontarlas vía nómina. Saqué una sala, un clima y una lavadora.

Entre Gastón y yo amueblamos nuestro nido de amor, todo era felicidad o luna de miel. Salíamos a todos lados. Cabe mencionar que aquí ya era toda una mujer, pues me había entregado a Gastón y fue maravilloso, puesto que él era el hombre a quien amaba con todo mi ser. Éramos la pareja más dichosa. Todo aquel llanto o aquella humillación, aquel temor, habían desaparecido. Teníamos, de vez en cuando, nuestros pleitos, ah, pero cuánto demoraban las reconciliaciones. Él hablaba con su familia y a veces la apoyaba. Todo era felicidad, platicábamos de nuestros problemas, de nuestras cosas, de lo que le gustaba y de lo que no.

Después de vivir en ese cuarto, nos cambiamos a otra casita cerca, con un patio enorme y árboles de nueces, muy bonita. En el cuarto anterior habíamos vivido tres años, y en la nueva casa me ocurrió algo triste. Se enfermó mi madre y tuve que regresar a Jáltipan. Estaba delicada, tenía cáncer. Me avisaron un 31 de diciembre, y el 13 de enero murió. Estuve con ella, pero su muerte me dolió mucho; ella tenía tan sólo treinta y ocho años.

El 2006 lo inicié con la trágica muerte de mi madre. Eso no se lo deseo a nadie, pues me dolió perderla. Yo la amaba, y lo más lamentable fue no poder platicar con ella, sólo verla agonizar. Lo más doloroso fue ver su rostro abatido, lleno de lágrimas. Dondequiera que esté, le pido que, si en algo le fallé, me perdone, pues a pesar de tantas y tantas cosas, la quería. Aún la veo casi a diario en mis sueños.

Al morir mi madre, mis dos hermanos y yo sabíamos que habíamos perdido todo. En lo personal, tenía resentimiento con todo. Lo que más quería era regresar a la ciudad de Acuña, pues lo que me importaba, mi madre, ya no estaba. Mi papá tenía su relación, estaba bien.

La razón de mi ser, mi hijo

Por fin regresé. Mi Gastón estaba desesperado, pues era la primera vez que nos separábamos. Fue por mí a la parada y me abrazó, me dijo que sentía lo sucedido. Llegamos a la casa y nos encerramos; creo que ese día fue cuando fabricamos a mi Paquito.

Al transcurrir menos de tres meses, por unos dolores abdominales me internaron de urgencia. Los médicos se percataron de que tenía un tumor y, a la vez, un mes y medio de embarazo. Al principio nos alegramos, y después, los dolores del tumor eran más frecuentes, por lo que me tuvieron que operar de inmediato, aún con riesgo de que pudiera desprenderse mi bebé. Gracias a Dios todo salió bien.

Mi embarazo siguió adelante. Al poco tiempo me alivié y fue un parto normal. El día de los dolores, mi marido estaba como si fuera primerizo, y feliz, muy al pendiente de mí y de su hijo. Yo no soportaba los dolores, y como mi operación era reciente, sentía que se me abría nuevamente. Llegó la hora y al entrar al quirófano, el 19 de diciembre de 2006, a la una y cuarto de la mañana,

nació el fruto de nuestro amor, mi hermoso bebé, que por órdenes, o gusto de su papá, se llamaría Francisco Prieto Rodríguez.

Entré en depresión posparto, pues tenía celos de todos. Cualquiera que nos visitaba, preguntaba primero por mi hijo; mis amistades tenían obsequios para él. Gastón estaba feliz, y mi hijo nació, gracias a Dios, con mucha suerte. A su papá le pagaron su aguinaldo, le dieron un incentivo por ser padre y un mes de vacaciones, en el cual se dedicó a cuidarnos, pero más al bebé. Yo lo alimentaba, lo bañaba, estaba todo el tiempo al tanto de nuestro hijo.

Mi gordo tuvo que regresar al trabajo y yo me quedé sola con Paquito. Para entonces ya vivíamos en otra casa, de dos pisos, estilo americano, con un balconcito. A los pocos días le comunicaron a mi esposo que la compañía se iba a Piedras Negras, y él optó por irse.

Les prometieron mejor sueldo, casa y comida. Sinceramente, a mí no me gustaba la idea, pues significaba separarnos. Sin más por discutir, se fue a trabajar. Venía cada fin de semana. Pasaban y pasaban los días, pero esa vida me empezaba a hartar, a desesperar. Sentía que mi gordo ya no nos atendía, que para él eran importantes otras cosas.

Mi hijo cumplió seis meses y decidimos bautizarlo. Le hicimos una fiesta grande, yo preparé la comida y todo estuvo muy bien. Todo continuó igual, y yo bien sola todo el tiempo. Me tenía que conformar con estar con mi gordo sábado y domingo. Mi hijo crecía y crecía, cumplió un año y decidí ir a Veracruz de visita. De hecho, mi hijo ya había ido cuando tuvo un mes de nacido. Le dije a mi gordo que me iba a visitar a mi familia. Salí con mi papá, visité a mi hermana y a todas mis tías; al poco tiempo me regresé.

Estoy aquí por una injusticia

Han transcurrido ya diez años en Acuña al lado de mi Gastón, a quien amo, y entre problemas y alegrías mi Dios nos ha cuidado y velado nuestro amor; mi hijo ahora ya tiene cuatro años, y ellos dos son mi adoración. Los amo y le doy gracias a Dios porque sé que mi gordo me ama, y mi hijo, ni se diga. Yo a ellos los adoro, son mi todo.

Esta familia que nuestro señor Jesucristo me permitió formar, Él sabe que la he puesto en sus manos, pues a pesar de todo, mi Dios sobre todas las cosas nos ha socorrido en todo momento.

En estos momentos atravesamos por un problema difícil, pero sé que, con la ayuda de Dios, muy pronto todo pasará y volveremos a estar juntos, con la única diferencia de que ahora hemos regresado a su senda, aunque no es fácil. Él es nuestro escudo y con Él todo se puede. Dios nos bendiga y nos mantenga siempre unidos como la familia que formamos, pues sé que mi señor Jesús tiene un propósito en nuestras vidas y que, con su sangre preciosa, nos cubrirá en todo momento. Gracias, Dios, pues mi Gastón y mi Paquito, después de ti, son lo que más amo. Permíteme pronto regresar a su lado y vivir en tu palabra a pesar de los obstáculos.

En este momento estoy recluida en el Cereso por robo agravado con quebrantamiento de confianza, acusada injustamente de un robo de dos millones de pesos junto con otras seis personas. Todo esto por parte de Grupo Salinas, de unas cuentas por parte de Banco Azteca, cuando mi única función era acatar órdenes de mis superiores. Todo lo dejo en manos de Dios, ya que él se encargará, puesto que hay muchos que se vanaglorian con el dolor ajeno, pero todo lo podemos en Cristo, que nos fortalece, y sé que pronto se aclarará todo, en el precioso nombre de mi señor Jesucristo.

Centro de Readaptación Social
Ciudad Acuña, Coahuila